

BERNARDO SERVÍN MASSIEU

BATALLA DE CAMARÓN, VERACRUZ

JUEVES 30 DE ABRIL DE 1863

El texto que el lector podrá apreciar a continuación, me fue amablemente facilitado por el Licenciado Marco Antonio Menes Couttolenc, Presidente Municipal 2001-2004 de Camarón de Tejeda, Veracruz, México.

El lector se preguntará como llegar a esta población que en fecha próxima (2001) conmemorará 138 años de los hechos sucedidos en este lugar durante la Intervención Francesa que colocó a Fernando Maximiliano de Habsburgo Archiduque de Austria como Emperador de México durante el siglo XIX.

Para hacer el recorrido a Camarón, Ver. , Desde la Ciudad de México se toma la carretera de cuota 150 que va del Distrito Federal al puerto de Veracruz, pasando Puebla y Orizaba ya dentro del Estado de Veracruz, una vez pasado el libramiento de Córdoba, Ver. Inmediatamente antes de continuar por la carretera de cuota de Córdoba al puerto de Veracruz en el kilómetro 299 +500, el conductor deberá salir hacia la derecha para cruzar la carretera libre de Córdoba a Veracruz e inmediatamente dar vuelta a la izquierda como si regresara a Córdoba por la libre.

Pasando sobre la carretera de cuota, a unos cuantos metros adelante podrá apreciar un letrero de dice "**Potrero**", dar vuelta a la derecha para continuar hacia esta población en donde se encuentra uno de los ingenios azucareros más grandes de México y del mundo. Y donde se pueden disfrutar los mejores langostinos que se puedan comer en los varios restaurantes a la vera del camino.

Recomendamos circular a baja velocidad particularmente en tiempo de zafra (noviembre a mayo), por el intenso tránsito de camiones cañeros que acarrear la caña al ingenio.

Cruzar Potrero y continuar hacia Atoyac, Ver. En donde una vez pasada la población se inicia una pendiente ascendente que corresponde a la ladera sur del cerro del Chiquihuite, al final de esta pendiente el paseante podrá contemplar el inicio de la planicie costera, al final de la pendiente descendente se encuentra un manantial en donde estuvieron acampadas las tropas de la Legión Extranjera. Unos kilómetros adelante, el paseante llegará a Paso del Macho, Ver. Donde se encuentra el Ingenio Central Progreso que procesa la caña de esta zona.

Pasando Paso del Macho, el paseante se encuentra a unos 8 kilómetros de Camarón, Ver. La entrada se podrá identificar por la presencia de la chimenea de un trapiche a la izquierda y un rótulo que dice "Mausoleos". Dar vuelta a la derecha y el lector estará entrando a Camarón por el lado en donde está el monumento erigido por Francia para conmemorar este hecho de armas. Del otro lado del "mausoleo" el visitante podrá ver la tumba del Dr. Francisco Talavera cuya última voluntad fue ser sepultado en el sitio de la batalla. Continuando por la calle principal el visitante podrá visitar otro monumento que

fue construido en 1963 por las autoridades locales para conmemorar el centenario de la batalla.

CAMARÓN Y FRANCIA UNIDOS

PREÁMBULO DE CAMARÓN

La serie de circunstancias que se fueron encadenando, hasta llevar a cabo la gran e inmortal hazaña de Camarón, no fue más que la reunión de unos legionarios, con ese espíritu de aventura y de deseos de estar al frente de los grandes momentos, con el fin de escribir las más bellas páginas de la historia militar.

En Chiquihuite, reinaba un silencio casi mortal, la gran tranquilidad de la vida del campo, en donde solo se oían los cantos de los pájaros y se sentían los piquetes de los voraces mosquitos.

Jeanningros, se encontraba recostado haciendo su siesta (Faire le Coupe), cuando fue interrumpida por un soldado y una mujer mexicana que pedían hablar con él, ya que le avisaba que iban a masacrar a todos los de un convoy en donde uno de los carretoneros era su marido y salían de Veracruz a Puebla. Cuando la interrogó bien el Coronel Jeanningros, se enteró que ella estaba dando de comer a su padre, cuando uno de los guerrilleros hablaba con el Coronel Milán diciéndole del convoy que llevaba municiones, pólvora y mucho dinero, su papá era sargento de la Guardia Nacional y por eso Milán cenaba esa noche en la cabaña de ellos. El plan era atacar el convoy en Palo Verde, y destruir lo que no se pudieran llevar y sin dejar testigos. Inmediatamente Jeanningros, pidió a sus Oficiales que se reunieran en su tienda de campaña, comentando, que habiendo en la región tantos espías, era natural y muy posible que Milán estuviera enterado de ese convoy, ya que conducían 14 millones de pesos en plata y oro, las municiones, todo eso era bastante tentación para los liberales. Como era imposible abandonar la plaza del Chiquihuite para llevar la tropa a Soledad, se pensó en enviar a esa joven a Soledad con un recado al Teniente Coronel Girau, con el fin de que no dejara salir el convoy sin una escolta suficientemente fuerte para su protección y se le avisará al Coronel Dupin, para que en menos de 24 horas de una batida a la región.

El Capitán Danjou, Ayudante de su Estado Mayor, expresó su inquietud de la posibilidad de que esa joven llegue a caer en manos enemigas, indicando que él al mando de una Compañía de Legionarios saldría a cubrirlos. Para esto, el Capitán Cazes, jefe de la 3ª Compañía se encontraba lejos con una comisión, el Teniente Gans estaba enfermo e imposibilitado para el mando de la tercera compañía, por lo que ese espíritu aventurero y muy consciente del deber, el Capitán Danjou pidió el mando de esa unidad de combate, y el Abanderado del regimiento Teniente Maudet hizo lo mismo, solamente el único oficial de esa compañía era el Teniente Vilaín.

Se pensó que así estaba el mando completo y se partiría esa misma noche, y que al llegar a Palo Verde al amanecer, tendrían 24 horas de reposo y posteriormente se reconocería la ruta de Soledad, al notar la llegada del convoy por el polvo que levanta, los escoltaremos, pero si no vienen, será que la joven entregó el mensaje y nos retiraremos de inmediato.

Se pensaron los pros y los contras de la iniciativa, así como otras posibilidades para la defensa del convoy, como ir a prevenirles del ataque, pero en verdad Danjou tenía razón, esa era la medida más oportuna.

El Coronel Jeanningros, proporcionó la carta a la joven, dando todas las indicaciones para salvar el convoy y les dijo "Señores nosotros no tenemos más que conservar la fidelidad a esta vieja divisa, que será nuestra para siempre" "Fais ce que dois, advienne que pourra" o sea hacer lo que debe, viniendo lo que podrá.

El Capitán Danjou era ya un veterano, él tenía ya 10 años en la Legión, él tomó parte de las campañas de Kabylie en Crimea, en Italia, su misión y compromiso con la Legión estaba ya terminada y cumplida. Los veteranos lo estimulaban, los jóvenes lo respetaban, la presencia y de la confianza, ese sentimiento que hizo a menudo comparar la unidad de soldados a sus familias. Jean Danjou sería parte de esa familia.

Danjou acababa de cumplir 35 años, él nació el 15 de abril de 1828 en Chalabre, era el cuarto hijo de familia, su madre Marguerite Balussouu tuvo 8 hijos. Su padre tenía un taller de bonetería y trabajaba con lana de las manadas de Kercob, pequeña zona montañosa de Languedoc. Los tres primeros hijos ya habían escogido sus vidas, el primero Philippe era sacerdote, Jean Baptiste fue agricultor, Lazare fue Ingeniero, en cuanto a Jean su padre tenía la esperanza de que se quedara con el taller. Pero ya el destino lo tenía escogido para algo tan diferente. Su padre, invitó a un antiguo trabajador, que había partido para el África y regresaba con su permiso, por lo que lo invitó a comer a su casa. Canut, como se llamaba el viajero llegó a su casa portando el uniforme de la legión Extranjera y con las Charreteras de Sub Teniente, siendo las envidias de sus compañeros y vecinos del pueblo: en esos días Jean de 15 años, tenía muchas ilusiones y admiraba esas charreteras con fleco de oro, escuchaba las aventuras que platicaba Canut, todo eso se lo grabó Jean que soñaba con los horizontes, en donde pudiera encontrar emociones más fuertes. Todo eso influyó sobre la decisión que él tomó. Ser un Soldado.

El padre de Jean, no pudo hacer nada contra la vocación que ya estaba tomada, tres años más tarde Jean fue admitido en la Escuela Militar de Saint-Cyr, se incorporó en 1847.

Al terminar su especialidad de Sub-Teniente, Danjou fue destinado al 51 Regimiento de línea acantonado en Francia, pero para el espíritu de aventura, este regimiento no le convenía y pidió su cambio al 2º Regimiento de la Legión Extranjera, que antes se le designaba con el Nombre de Regimiento Extranjero.

Se incorporó en Batna, a las orillas del territorio conquistado, llegando el 24 de Septiembre de 1852. Para el día 1º

De Mayo de 1853, por fin le tocó una misión de Topografía con el Capitán Rousseau. Debido a un penoso y desgraciado incidente, casi pone fin a su carrera de las armas. Danjou tomó el fusil y se apoyó del gatillo y se disparó accidentalmente, pero que eso le costó la amputación de su mano izquierda. Fue Toda una catástrofe, eso era lo peor que le hubiera pasado a cualquier persona. Pero él tuvo una fuerza de carácter que fue la admiración de todos. Ya había sido promovido al rango de Teniente de la Legión a fines de 1853, pero para poder superar ese accidente y no retirarse de la milicia, él mandó hacer una mano de madera con articulaciones en cada dedo y con una faja de cuero para

fijarla del muñón de brazo, pudiendo así seguir cumpliendo con las necesidades de su profesión.

Cuando el 2º Regimiento Extranjero fue enviado a la campaña de Crimea, Danjou se distingue en el combate de Sebastopol y gracias a su valor es promovido al grado de Capitán a título de excepcional e 9 de junio de 1855. Al finalizar la campaña de Crimea es nombrado Capitán Ayudante Mayor del Regimiento.

Más tarde en las campañas de Italia, Danjou se distinguió en las batallas de Solferino y Magenta, poco después el regimiento regresa a Argelia.

El Capitán Danjou tomó el mando de la 3ª, y la plaza de Cazes, le reemplaza Maudet a Gans, y el solo titular de esa tropa es el Sub Teniente Vilaín, el capitán conocía bien a esos oficiales.

El subteniente Maudet tenía 34 años y Vilaín 27 años, el primero ya tenía 15 años de servicios y el segundo 9, pero los dos portaban en sus pechos las medallas que justificaban su valor de soldados. Maudet recibió la medalla en la compañía de Crimea en la que salió herido en el pecho por una bala. Vilaín fue también herido en la batalla de Magenta el 4 de Junio de 1859 y por ello fue hecho Caballero de la Legión de Honor.

El Capitán Danjou asistido por esos dos Oficiales le pidió al Sargento-Mayor Tonel, que le presentara el control de la 3ª Compañía ya que sus funciones eran tener el día su tropa, este sargento era un "Lignard", así se les llamaba a los soldados que venían del ejército regular muy estrictos, muy competentes y reconocidos por todos. Tonel presenta la relación del personal indicándole que habían 1 oficial, 5 suboficiales, 6 Cabos, 51 Legionarios, un total de 63 y con los dos Oficiales de reemplazo sumaban 65.

De los cuatro Sargentos, Jean Germys, un Belga de 31 años, de un metro ochenta de estatura, condecorado en Crimea y herido en Italia. Karl Schaffner de Berna de 31 años de edad, un poco más bajo de estatura pero también clasificado como valiente en Italia.

Maire Morzicki y Alfred Palmaet, los dos más jóvenes y no muy altos en sus estaturas, pero los cuatro sargentos, eran unos veteranos granaderos, Maire, era Francés y el segundo Belga y los dos tenían 20 años.

Sobre los Cabos, André Pinzinger era de Bavaria, bien constituido de ojos cafés, con 9 años de servicios, en Crimea ganó la medalla de la reina de Inglaterra y en Italia, la medalla del Cuerpo Expedicionario.

Louis Maine, de 30 años, Francés, su padre quería que fuera obrero, pero a él a 18 años se enganchó al 1er Regimiento de Zuavos en Argelia, es donde solo obtiene los galones de Soldados de 1ª Clase. En Crimea fue herido y se le nombra Cabo, pasa un tiempo en el hospital, regresando al combate y se le conceden los galones de Sargento y en la Torre de Malakoff, él fue uno de los que plantaron la bandera sobre la cúpula verde, este hecho de armas le valió, esa misma tarde que se le nombrara Caballero de la Legión de Honor. Poco después fue cambiado a los Cazadores a pie, y después de la toma de Sebastopol, el Sargento Maine fue a la campaña de Argelia en 1862 y cuando viene la campaña en México y su unidad no era nominada, él no quiso perder la fiesta y se fue a enganchar a la Legión, pero como no había plaza de Sargento, aceptó incorporarse

como legionario simple, pero portando su medalla de la Legión de Honor. Así era el entusiasmo por la aventura que lo llevó a la gloria un poco después.

Evaristo Berg nacido en Saint-Benoit, de una familia muy militar su padre fue Oficial de la Marina, su madre Elisa Rollan, fue hermana de dos Oficiales, uno de Artillería y el otro de Infantería, ambos del Colegio de Saint-Cyr. Evaristo era un muchacho inteligente, terminó su Bachillerato en Letras y Ciencias, pero dejó la Isla y junto con unos amigos se engancha en la Marina como artillero, en 1853 se le nombra Brigadier, en 1854 pasa a Sargento y es cambiado a los Zuavos en 1855, le tocó combatir en la guerra de Crimea y en Italia, en Siria en donde llega al grado de subteniente, pero por azares del destino, él abandona todo un día y se presenta de civil en Side-bel-abbés y se recluta como Legionario, llegando a Cabo.

Adolfo del Careto contaba con 28 años, un joven Austríaco, rubio de ojos azules. Charles Magnin de 20 años y el último cabo Amé Tabas un Suizo de origen Francés de 26 años.

LA BATALLA DE CAMARÓN UN BEAU GEST

El Capitán Danjou junto con sus Oficiales y con la relación completa de su tropa, dio las órdenes "Reuniones a media noche y a la 1 de la mañana salida, se les dará a tomar un café a las 23 horas. Sobre las dos mulas se llevará víveres para 36 horas, bidones con agua, armamento habitual con 60 cartuchos por soldado". La 3ª Compañía del Batallón Regnault estaba lista, la pequeña columna de 65 hombres en hilera a la una de la madrugada estaban ya en ruta el 30 de Abril de 1863. En el lugar que el destino les había colocado. Ellos estaban atentos vigilando los dos puntos peligrosos por donde podría llegar la emboscada. Un parapeto de piedra estaba derrumbado por las lluvias torrenciales, por el constante paso de las carretas y carros de carga, el camino prácticamente se encontraba deshecho, la marcha era institutiva la que esa gente tenía que hacer entre esos surcos lodosos que dejan las ruedas de las carretas.

Felizmente la lluvia había terminado de caer y más bien aparecía un día bello. Los granaderos del Capitán Saussier, que cuidaban un puesto de control, cuando pasó el Capitán Danjou con su tropa, el mismo Saussier le ofreció algunos soldados de refuerzo, pero Danjou rechazó la oferta, pensando que llevaría gente de más y además obedecía las órdenes de Jeannigros.

La columna atravesó la barranca de Payo Ancho, tomando todas las precauciones. Al amanecer, Danjou estaba alrededor de las 5:30 horas y se vio la aurora de un nuevo día y ya se encontraban cerca de la aldea de Camarón. Como todas las rancherías de la región, se encontraban medias destruidas por la guerra, los techos de paja se encontraban caídos, sostenidos casi por un tronco de árbol, las paredes de tiras de madera con armas, o con paredes de adobe crudo.

El poblado de Camarón contaba con unas diez de estas chozas a un lado del camino y las casas consideradas como tal, se encontraba como a 300 metros más al este y formaban lo que se llamó la Hacienda de la Trinidad y perteneció a la familia Alarcón, estando la mayor parte de los familiares enterrados en el cementerio de palo verde. Estas construcciones cruzaban el Camino Real y comprendían en dos partes: A la izquierda de daba al norte la casa Habitación, que estaba al lado del camino contaba con

12 recámaras. A la derecha, o sea al sur, el local de la granja, se componía de un solo piso alargado y con un gran patio cuadrado, cerrando por un alto muro ancho como de 3 metros de alto, tenía dos puertas grandes y abiertas por el lado Oeste y que se utilizó para la entrada de los carretones que se encerraban en la noche. Cuando se reconoció el lugar, esas construcciones estaban abandonadas ya desde mucho tiempo atrás. En el edificio de la granja no se encontraban más que restos de artefactos para las mulas de carga, los cuartos que estaban al lado del patio, se encontraban en ruinas y con los techos semicaídos, se vieron restos de fogatas hechas por los guerrilleros que ahí acampaban.

Al salir de la Hacienda la tropa se divide en dos secciones, una va a la derecha y la otra a la izquierda para batir el bosquecillo. Danjou con una escuadra de fusileros y los dos mulos siguen el camino. La reunión sería en Palo Verde. De hecho después de un largo camino bajo el bosque, como no se detectaba al enemigo, las dos Secciones se dirigían a Palo verde, pero en el bosquecillo hicieron un alto y descargaron las mulas y descansaron un poco.

No pasaron ni una hora tranquilos, cuando del Oeste, al costado de Camarón, sobre el mismo camino, llegaron unos legionarios señalando que había algo anormal. El polvo se levantaba en turbinas, a esa distancia y bajo los rayos del sol, no era fácil ver sobre la desventaja en que se encontraban. Aunque no habían visto las tropas enemigas, si había movimientos de que venían detrás de ellos.

Danjou de pronto gritó! A las armas! !El enemigo!. Eran aproximadamente las 8 horas, él percibió al enemigo, son de caballería con sombreros mexicanos de ala ancha, ellos visten con ropas de cuero y en mangas de camisa.

Al primer grito de alarma, los legionarios reaccionaron, los que dormían en el bosquecillo, se reagruparon, los que estaban cerca del fuego haciendo café ven a su jefe y éste les ordena voltear las marmitas, esa escuadra de legionarios regresaron. El Sargento Mayor Tonel, envió a un soldado a buscar al cabo Magnin, quien estaba de guardia con sus hombres, en donde depositaron los bidones del agua, así como de traer las mulas con el equipo. No pasaron más de 5 minutos para estar toda la compañía con las armas en las manos y listos para el combate.

El Capitán Danjou, no dejó de observar la dirección del enemigo que aún no lo veía, de seguro los liberales preparaban algo grande, pensó que lo mejor del caso, es regresar, buscarlos y verlos de cerca. Pero en vez de marchar camino a Camarón, él prefiere encontrarse bajo el bosque de la derecha, estando lejos y al norte del camino. De esta forma él disimuló su movimiento al enemigo y además consideró un mejor sitio para rechazar a los liberales.

La compañía deja Palo Verde en columna, con una avanzada de fusileros y se parapeta bajo el bosque en dirección al Noroeste, este bosque que parece que se alarga al rumbo de la Joya, este bosque no es de árboles altos, ni como la jungla, más bien de matas grandes, arbustos donde cuelgan lianas. Era tan espeso el follaje, que era necesario a base de espada abrir paso entre ellos.

La marcha es lenta y difícil y al no ver el enemigo, regresan a Camarón, como 300 metros con rumbo a la Trinidad, se escucha un disparo de sale de una ventana de la casa

de Camarón, por lo que la tropa legionaria se divide en dos secciones. El mismo Capitán avanza bajo por un costado, seguido por su Ordenanza un mexicano que le cuida su cabello de nombre José Domínguez. Se espera llegar a arrinconar al tirador dentro de la casa. Después de rodearla no encuentran a nadie. La compañía se detiene ahora, mientras la escuadra explora las casas. Como hace ya calor, Danjou, autoriza que se vayan con los bidones a una barranca a unos cuantos metros, en donde a veces se encontraba un poco de agua, pero esta vez un muro se había derrumbado y se encontraba ni una gota de agua. Todos tenían ya sus bidones vacíos. Después se supo que ese tirador fantasma, solo llegó y disparó para ver el potencial del enemigo y como luego se regresó a informar.

La compañía no encontrando nada ni nadie, enfiló rumbo al Chiquihuite. Para esto, la compañía se divide en dos secciones y una escuadra se le comisiona para ser lanzada, no llegan aún al caserío rural a menos de 400 metros, cuando la avanzada lanzó un grito, y se regresan tanto la avanzada como las dos secciones a un montículo, a unos centenares de metros al Noroeste se ven unas tropas de caballería mexicana en grupos que viene a la carga. El primer reflejo de Danjou fue de repeler el ataque, ¡A la carga! ¡Tambor! Y el joven tambor de la compañía un pequeño Sardo de 1.60 de altura, de espeso bigote y que familiarmente le llamaban Casimir, y conocido por su energía y valor, él va adelante con sus redobles y la tropa en línea para contraatacar, la caballería sorprendida, detiene la carga para evitar el fuego de la fusilería. Pero el jefe del escuadrón llamado Joaquín Jiménez que comandaba a los Lanceros de Orizaba, el cual no era un novicio, él conocía ya el número del enemigo, porque su hermano menor, el teniente Anastasio Jiménez que era el jefe del Escuadrón de reconocimiento con unos 20 jinetes, ya le informó perfectamente. La caballería Mexicana hace un movimiento de dividir su escuadrón en dos secciones, con el fin de envolver a los legionarios. Danjou de inmediato detectó el peligro y ordenó formar un Cuadro con las dos secciones.

La compañía de legionarios dirigidos por Maudet y Vilaín, quienes se esfuerzan por tener la posición de inmediato, Tonel el Sargento Mayor, con mano fuerte, jala al que controla las mulas, para que las coloquen en medio del cuadro (Esta posición de combate en que presentaba cuatro frentes al mismo tiempo, para disparar a la caballería que los rodeaba, había soldados de a pie y soldados con la rodilla a tierra). Los legionarios corren a tomar sus lugares en el cuadro, pero los gritos de las órdenes, espantan a las mulas y éstas se sueltan de las bridas y saltan sobre los soldados, los que terminan por dejarlas ir, siendo capturadas por los enemigos.

El cuadro ya está formado, pero el terreno al descubierto, Danjou, ordenó que no dispararan hasta que lo indicará, mientras la caballería estaba rodeándose a cierta distancia.

El Comandante Jiménez, bien sentado sobre la silla de su caballo, va avanzando a pequeño trote, sus Oficiales lo observan, la caballería se encuentra como a 100 metros del cuadro, y los legionarios esperan con los dedos en los gatillos de sus fusiles. Al llegar a 60 metros, Jiménez ordena atacar, éstos con las espadas y las lanzas en posición de Carga, se dirigen a todo galope contra los legionarios. De pronto Danjou ordena ¡Fuego!. La detonación es casi unísona causando la caída de hombres y caballos, que ahora van en desorden en todas las direcciones, los legionarios siguen disparando a discreción, la caballería retrocede y es un momento de reposo para los soldados del cuadro.

Danjou prefiere inmediatamente poner su unidad bajo un abrigo pero eso era casi posible, pero también comprendían que así no se podían sostener mucho tiempo, el terreno al descubierto es ideal para las cargas de caballería, que lo motivó para dejar ese terreno.

A unas centenas de metros del camino, había un pequeño muro y una cerca de cactus que parecía formar una valla que llegaba casi hasta la hacienda, y al estar detrás de ese abrigo, la caballería no podía atacar mas que por un lado: Era la mejor posición para reagruparse en la maleza, con la esperanza que les llegara la ayuda de Paso del Macho.

Pero el Comandante Jiménez, no tiene la intención de soltar su presa y rápidamente reagrupa el Escuadrón, dando las órdenes para una segunda carga y que una parte de su tropa rodee la hacienda por el Este y la otra franqueara las ruinas.

El cálculo de Danjou es bastante bueno, algunos de la caballería se niegan a saltar por el cactus, pero el resto de ellos va directo a la compañía de legionarios por segunda vez, por lo que es necesario mantener formado el cuadro de combate. La segunda carga ya es menos impetuosa, casi ya acordonada, los atacantes ya ni tan numerosos, los legionarios sostienen su ataque con más resolución que en la anterior carga de caballería, Jiménez y su gente retroceden de nuevo, la situación no es menos crítica para Danjou, el que imagina de poder llevar su tropa a la hacienda.

Como no está muy lejos la construcción, con sangre fría y con un poco de suerte, podrán refugiarse y tener los parapetos sólidos y esperar que lleguen probablemente los refuerzos. Por otra parte la resistencia en ese lugar, podrá impedir a los atacantes de tender alguna emboscada al convoy que viene de Veracruz, ya que la idea del mando, esa labor es lo indispensable y para ello se presentaron voluntarios, y por eso están en esta misión.

La decisión está tomada! Todos a la hacienda! Ordena Danjou, aprovechando que la tropa liberal se encontraba un poco alejada para reagruparse y volver a atacar, pero aunque ellos rodean completamente a la tropa legionaria. Para prevenir y llegar al primer parapeto que se encontraba al Sur del poblado y como a 200 metros, Danjou desea mover el enemigo y para ello ordena a los dos Oficiales Maudet y Vilaín, que pasen a todos sus hombres la consigna de que griten a una orden y a toda voz, al mismo de! viva el Emperador!. Todos los legionarios aprovecharon la sorpresa del enemigo que volteaba a todos lados creyendo que venían tropas de refuerzo. Todo resultó como se calculó, los legionarios pudieron correr y llegaron adelante del muro alto del lado Oeste de la hacienda, donde están las dos grandes puertas de la cochera, pudiendo entrar todos por ahí de un solo intento, llegando hasta dentro del patio.

Ellos son recibidos con tiros de fusil, pero como fue todo tan rápido que los tiradores no pudieron ajustar bien las miras de los rifles, para la distancia donde ellos pasaron y no les causaran daño, pero se dieron cuenta que habían llegado más enemigos y eso si era grave. La tropa busca un abrigo adecuado en los ángulos del patio, una escuadra se dirige adelante y ocupa una de las recámaras del fondo, mientras Danjou examina la situación valorando al enemigo.

El patio es cuadrado de unos 50 metros por lado y con un muro de 3 metros de alto, como se debe al patio, manda dos escuadras protejan las puertas, con la ayuda de

troncos y palos de los techos caídos, formen una buena barricada y dejando bastantes aspilleras, éstos se parapetan.

Sobre la cara Sur, el Capitán encuentra una brecha, sin duda que ahí hubo una puerta ya derrumbada, a unos metros del ángulo Sudoeste y por donde podría pasar un caballo, por lo que ahí designó otra escuadra para protegerla. La parte Norte estaba totalmente cubierta por la casa, con sus paredes completas. La fachada principal que daba al sur por donde está el camino real.

Danjou investigó las recámaras inferiores, en donde estaba la escalera. Se ven pasar unas siluetas por delante de las ventanas. Pero la inspección sigue adelante. En la parte Oeste de la planta baja, hay una recámara grande que comunica directamente al camino por una gran abertura sin puerta, lo bueno que esta pieza no tiene para el patio, solo tiene una ventana y por ella las dos escuadras del subteniente Maudet la cubrieron sólidamente. Sobre los otros tres costados del patio y las restantes bodegas en ruinas estaban completamente cerradas. En el ángulo Sudoeste estaba ligeramente abierto y con el techo semicaído, sostenido a lo más con 2 o 3 postes de madera y con un pequeño muro de adobe.

Para mejorar la defensa, Danjou ordenó abrir unas aspilleras en el muro de enfrente, pero como éste es muy grueso y mejor construido, prefirió levantar unas barricadas con las piedras que estaban en el suelo.

El resto de la compañía quedó situada como entre las dos puertas grandes. Son las 9:30 horas, cuando quedó completamente la defensa organizada, solo se escuchaban tiros esporádicos y faltaba la observación de los movimientos del enemigo, por lo que se le ordenó al Sargento Morzicki subir al techo y vigilar al enemigo.

Con mucha sangre fría este sargento acompañado de algunos legionarios vigilaron, pero algo les cortó la respiración.

Fue un espectáculo muy impresionante, los vigilantes no contaron cientos, sino miles de soldados que pronto tenían ya rodeada la hacienda, todos llevaban sombreros de ala ancha y los de otras unidades uniformes grises, unos eran guerrilleros y la mayor parte soldados de línea, todos con las armas modernas que los Americanos les estaban dando, seis fusiles que se cargaban por la culata, de tiro rápido y muy efectivo.

Morzicki percibe unidades de a pie ya sin espuelas y se colocan alrededor del muro.

El Coronel Francisco de Paula Milán, era el Gobernador y Comandante Militar del Estado de Veracruz. Cumpliendo las órdenes del Supremo Gobierno de Comonfort, él partió de Jalapa el 12 de Abril para cortar el Camino Real que viene de Veracruz a Orizaba, comisionando para ello a la Brigada del Centro del Estado, compuestas por lo Batallones de la Guardia Nacional de Jalapa, Zamora, Córdoba y acompañaban también tropas de los alrededores que se les unieron.

Esa Mañana, Milán envió para un reconocimiento, al Batallón de Jiménez. El grueso de la tropa acampó en La Joya, una planicie rodeada de colinas cubiertas de bosques.

El Coronel Milán cuando fue informado de la ocupación de Camarón, junto con los tres batallones salieron de inmediato, son 8 kilómetros a la hacienda, pero a marcha forzada, llegaron desde luego aunque no muy de su agrado, aún a medio día. Mientras Milán envía emisarios para reunir tropas vecinas, guerrillas, bandas de asaltantes, etc. Pensando que después de terminar con la gente de Camarón, se irían y atacarían el convoy en la Soledad, se les agregaron las gavillas de Donaciano Pérez, la de Tomás Algazanos de Cotaxtla, la de Matías González de Cueva Pintada, Ignacio González de San Jerónimo, Juan Canseco del Isote, Pascual Rincón de Temascal, Juan Arévalos de Coscomatepec y otros rumbos.

Mientras en el techo de la hacienda, Morzicki sigue en su puesto de observación, aún solo se reciben disparos aislados. Danjou recorre constantemente la zona de la defensa, se siente un calor sofocante dentro de este corral, después de un tiempo los bidones se encuentran vacíos y el personal necesita beber agua. Ulrich Konrad el ordenanza de Danjou, no abandona una bolsa donde conserva una botella de vino de reserva. Danjou, termina por decirle que la abra y él proporcione un trago a cada uno.

Todos esperan el ataque pero éste no llega, después de largos minutos Morzicki ve llegar a un Oficial Mexicano, un joven que viene con dirección a la entrada de la hacienda con un pañuelo blanco, en un perfecto francés les dice: " Nosotros somos más de dos mil y ustedes son a lo más sesenta, ustedes van a la masacre inútilmente, ríndanse, dejen las armas" (Este joven Oficial, era hijo de un francés y se llamó Teniente Ramón Lainé del Colegio Militar de Chapultepec de 22 años de edad). Morzicki bajó del techo y rinde parte de novedades al Capitán, pero éste le dice, "Respóndale simplemente que nosotros tenemos cartuchos y no nos rendiremos".

De inmediato el Sargento sube otra vez al techo y le dice la respuesta, el Oficial Lainé no insistió y se retira. Ahora el fuego viene por todos lados. Afortunadamente los atacantes vienen en pequeños grupos y son presa fácil para las balas de los legionarios. Pero Danjou hace correr la voz que contengan las balas para tener más duración de la defensa y derribar más al enemigo, pero así como están cayendo en cantidad los atacantes, así están cayendo poco a poco los legionarios que están detrás de las ventanas, los asaltantes quieren invadir a toda prisa. Algunos de los atacantes se ponen a escalar los muros y ya sobre los techos, por los agujeros disparan sobre los defensores, causando varias bajas.

En mitad del combate el Capitán Danjou se encuentra tranquilo, con mucha sangre fría va de puesto en puesto de defensa sin medir el peligro de la lluvia de balas que cruzan por el patio, ese valor dá bastante ánimo a la tropa les hace prometer a cada uno defender el honor hasta el fin del deber, jurando todos ellos que hasta la muerte.

Los atacantes van ganando terreno poco a poco, llegando a ocupar todo el edificio, el patio sigue en poder de los legionarios. Cuando abandona la recámara Danjou, para dirigirse al puesto en donde se encuentra Vilaín entre las dos puertas, al atravesar el patio bajo la lluvia de balas, una de ellas le pega en el pecho, se tambalea y cae, él se toca con su mano útil la herida. Vilaín lo vio todo y corre rápidamente junto con algunos legionarios para levantarlo.

Es todo ya inútil, sangra en abundancia, Vilaín le coloca una piedra bajo la cabeza, como un cojín que le dé comodidad, pero después de unos instantes, el Capitán Danjou murió.

Ya eran como las 11 horas, cuando los mexicanos atacan una puerta que da a la pieza en donde se encuentra el Sargento Mayor Tonel con 5 soldados, los atacantes eran como 14 y la pelea está reñida y con mucho valor. Al no poder sostenerse, salieron a reforzar las otras puertas del patio. Vilaín tomó el mando de la Compañía, aunque de menor antigüedad, por ser el Oficial normativo de esa unidad, Maudet le dio ese honor. La pelea sigue, los atacantes cada vez más, van ganando terreno metro a metro y muy a pesar que tienen la ventaja numérica.

Protegido por el patio detrás de los muros semi destruidos, los legionarios dirigen entre las aberturas del muro, un fuego nutrido y preciso eliminando atacantes, pero deben de reconcentrarse y dejar esos emplazamientos, para dirigirse a la planta de las bodegas de uno en uno.

Se escucha un toque de corneta y los legionarios se estremecen al pensar que son las tropas francesas, todo creen que son los granaderos de Saussier o las escoltas del convoy tienen una esperanza, pero siguen los toques de tambor y los legionarios se quedan sin decir palabra.

Esa tropa era la Infantería Liberal que llegaba como refuerzo de los atacantes. El Coronel Milán con Oficiales de su Estado Mayor los apresuraron a los Batallones de la Guardia Nacional de Veracruz y son los primeros en llegar con los Capitanes Sámano, Migoni y Frías y ese Batallón llegó al mando del Coronel Rafael Estrada. Seguido del Batallón de Jalapa al mando del Coronel Terñan y el Batallón de Córdoba que mandaba el Coronel Francisco Talavera.

Todas estas tropas conservaban las características de tropas improvisadas, ya que los uniformes y el equipo dejaban mucho que desear, así como la disciplina y entrenamiento y una dirección no muy obedecida.

La tropa de Veracruz, traía el uniforme gris con ribetes azules, la de Córdoba vestimenta azul, y la de Jalapa que era la mejor vestida, llevaba una guerrera azul y pantalón gris y en lugar de sombrero, llevaban un kepi con una escarapela y un cubre nuca hasta los hombros. La mayoría de esta tropa mexicana, calzaban "Borceguí" con agujetas, la mayoría de la tropa calzaban humildes "Huaraches". Los Oficiales portaban un uniforme casi igual, pero de tela más fina y en el pantalón un vivo o filete de color rojo o azul, la guerrera con Marruecas en las mangas con botones dorados y con charreteras doradas, botas de piel fina, y una pistola al cinto.

Milán siempre se hacía acompañar de un grupo numeroso de Oficiales. Ese día en el grupo del Estado Mayor, iban los Tenientes Coroneles Francisco y Manuel Merredo del pueblo de Huatusco, José Ayala y los Coroneles Mariano Camacho el Cambesa.

Al toque del tambor de Pablo Ochoa, el Sargento Morzicki sube de inmediato a su puesto de observación y ve el panorama lleno de tropas por doquier, comprendiendo que ya todo está perdido, el brillo de esas armas modernas americanas y la multitud que

rodea a la hacienda, bien sabía que los pocos legionarios que quedaban no iban a lograr vencer.

Cuando los mexicanos vieron al Sargento sobre el techo por segunda vez el Teniente Lainé se dirige a él y repite que se rindan. Pero esta vez Morzicki lleno de polvo y de cólera no va a rendir parte a su superior, y por su cuenta y riesgo, le grita !MIERDA! Y se baja para informarle a Vilaín sobre su actuación, a los que éste dice que hizo bien y lo correcto. !No nos rendiremos!.

No pasaban unos segundos, cuando empezó en todas direcciones un fuego intenso, ellos se encaminan en todas las direcciones, se escuchan gritos, disparos y grandes insultos de los mexicanos para los franceses.

Los legionarios calmados, en silencio, cada uno en su puesto, ajustan las miras y disparan acertadamente, sin desperdiciar las balas. Los soldados atacantes van cayendo, retroceden, cargan de nuevo sus rifles y regresan otra vez al ataque con más brío. De un lado de la casa, se escuchan golpes de picos, los asaltantes quieren abrir brechas por ese costado y poder pasar al patio.

Los atacantes agrandan las aspilleras que abrieron los legionarios, se derrumban algunos pedazos del muro quedando un agujero de más de tres metros, como la dirección del sol es elevada, los atacantes procuran tirar en dirección adecuada, siendo muy eficaces.

Los legionarios que tienen el puesto entre las puertas, se encuentran ahora al descubierto. De un salto el subteniente Maudet jefe de ese puesto de combate, reúne a sus soldados al puesto de ángulo Sudoeste que es más y menos vulnerable. Vilaín, está demostrando una energía que causa admiración de todos, va de puesto en puesto, dando ánimos a su gente, como a las 14 horas. Al atravesar el patio para ir al Sudeste a controlar la defensa, cuando de pronto una bala que viene del edificio, hiere en la frente mortalmente a Vilaín.

El calor es sofocante, falta de agua y el polvo que levantan las balas que caen en la tierra y paredes de barro, el olor de los cadáveres ya empieza a ser insoportable, ya la respiración es casi imposible. Era ya un desorden con tanto muerto y que no había medios para ayudar a los heridos que se les dejaba en donde había medios para ayudar a los heridos que se les dejaba en donde habían caído, los quejidos de los heridos mexicanos que imploraban a los santos que los ayudaran. Los legionarios por un supremo esfuerzo, ya abandonados en su dolor, se quejan silenciosamente, nadie podía ya ver por ellos, ni comida, ni agua, solo unas gotas de vino, pues la botella estaba casi vacía.

La tropa atacante ya no trató de penetrar al patio para reducir la defensa, los consideraban demonios, optaron por un método viejo, el de llenar de humo para sofocar para sofocar a los defensores, los mexicanos amontonaron paja y trozos de madera y encendieron el fuego, el incendio devoró una cochera del lado Este, y de pronto se extiende por todo el techo, por la dirección del aire que viene del Norte, hace que el humo rebase a los legionarios y al poco rato invade a todo el patio este humo negro y asfixiante, además deja sin visibilidad a l, después de una hora y media, el fuego se apaga solo, y cuando el humo se disipa, los defensores se dan ya cuenta que los atacantes han avanzado mucho y tomado posiciones muy favorables.

Los puestos de las brechas Sudeste y de la puerta de la cochera principal, están ya perdidas, así como casi todos sus defensores, pero los que aún viven, siguen batiéndose. Cuando uno de los soldados cae, su vecino se inclina y busca entre sus ropas las balas que le quedaban, las toma para seguir la lucha.

Maudet, quien tomó el mando, con su kepi inclinado para atrás, el cordón de la medalla militar ennegrecida por la pólvora y el humo, sigue dando órdenes y guiando a la tropa el combate.

Como a las 17 horas, de pronto se nota una calma silenciosa, los asaltantes se retiran obedeciendo las órdenes. El momento es apropiado para que Maudet, cuente su gente, a su lado tenía por el costado oeste del patio a Morzicki, los dos cabos Berg y Maine con 5 hombres, bajo la cochera en ruinas, Leonard, Catteau, Bertolotto, Wensel y Constatin, del otro lado de la brecha del sudeste solo quedaban el cabo Magnin y los legionarios Kunassek, Gorski, dieciséis en total de los 65 que formaban la 3ª Compañía.

Afuera se escuchan voces, Maudet se prepara, Bertolotto que entiende el español, informa que el Coronel Milán los está arengando, diciéndoles que quedan ya unos cuantos, que no los dejen escapar, que sería muy vergonzoso para ellos siendo tantos, y les prometió recompensas por el Supremo Gobierno.

Después de esa arenga, se escucharon gritos, un gran clamor. Todos los legionarios comprendieron que el enemigo estaba listo para el ataque final. Por tercera vez fuera del muro se escucha una voz que pide su rendición, pero el silencio es comprensible, nadie de adentro dice nada, porque nadie quiere rendirse.

Empezó el final con un furioso ataque por los cuatro costados. En la gran puerta el Cabo Berg, el antiguo oficial de Zuavos, queda ya solo, él ya no tiene cartuchos y es rodeado y tomado por los brazos y piernas y lo levantan entre todos y como un bulto es llevado, la entrada es ya libre y por ese lado los atacantes entran corriendo y gritando.

Del ángulo Sudoeste, los legionarios vieron el drama y tiran contra los atacantes, logrando que éstos regresen y en menos de diez minutos, como 20 cadáveres se amontonan y obstruyen el paso. Se ve el impulso de nuevos ataques y en la entrada de la antigua brecha es forzada, la defensa formada por los cabos Pinzinger, Magnin y los fusileros Hippolyte y León Gorski, estos valientemente rechazan a los asaltantes que quiere entrar por la brecha, pero los mexicanos que han entrado por las ventanas de la casa, los han tomado por las espaldas pero los legionarios sin cartuchos, usan la bayoneta y dan la gran pelea, pero siendo los atacantes tan numerosos, los legionarios van cayendo heridos y muertos.

Bajo el local que era para los carromatos del Sudoeste, ellos no son más que siete con Maudet, detrás de los cadáveres que fueron usando como parapeto, recargan sus carabinas y disparan causando muchas bajas, pero después de un rato, como han entrado por todos lados y en grandes cantidades, él con su gente son acorralados en su rincón listos para el tiro de gracia, Bertolotto es tirado de inmediato, después Jean Baptiste, Leonard que es herido en el cuello, el cabo Maine está a la izquierda de Maudet y de Morsiki y lo coloca en la muralla y busca sobre su bolsa más cartuchos solo encuentra dos y los toma. A las 18 horas ya no quedan más que cinco legionarios. Maudet ordenó fuego, pero solo se escuchó un solo disparo, los que quedaron saltaron adelante con la

bayoneta calada y una gran descarga de fusilería los recibe, todos fueron acribillados. Catteau recibió 19 tiros lo mismo que Maudet, los tres restantes saltan a la carga causando bajas, pero un Oficial Mexicano con su espada elude el ataque de Maine, y le dice ¡Ríndase usted! Y Maine viendo la situación que solo ya eran tres, le contesta, ¡Nos rendimos si nos dejan nuestras armas y nuestro equipo y sí usted se compromete a cuidar a nuestro Teniente que está herido. A lo que el oficial Mexicano contestó, ¡No se niega nada a unos hombres como ustedes!!

Este oficial fue el Coronel Ángel Lucio Cambas, quien demostró una actitud de caballería y el comportamiento de un verdadero militar, con alto sentido del honor a un uniforme del ejército por el que peleó con valor. Este militar ordenó que los heridos fueran levantados y atendidos.

La preparación que tenía de Licenciatura y el estudio en Francia por lo que hablaba perfectamente el idioma, su cultura y educación era digna del grado que portaba, tuvo la gran cualidad de tratar y proteger a los combatientes heridos.

El Coronel Cambas iba ayudando al Cabo Maine a caminar tomándolo de un brazo y del otro lado ayuda a Wensel y así los introduce a la casa y los sigue Constantino de cerca. Maine se voltea a ver a Maudet, tirado en el suelo y rodeado de soldados mexicanos, comprendiendo el Coronel Cambas que el Cabo se preocupaba por su subteniente, le dice que no se preocupe, que ya dio órdenes para que sean atendidos, ya que fueron a buscar una camilla. Pero Maine ya está resignado a ser fusilado, de pronto un guerrillero a caballo se abalanza sobre ellos gritando y con pistolas en ambas manos para atacar a Wensel y a Maine, de inmediato el Coronel toma su pistola del cinturón y apunta a la cabeza del guerrillero y fríamente le pega un balazo en la cabeza, rodando por el suelo. Después de esto, siguen caminando hacia un terreno en donde se encuentra el Coronel Milán con su Estado Mayor, cuando los vio venir, le preguntó ¿Son todos los que quedaron? Respondiendo afirmativamente Cambas. Milán Admirado dijo "Pero no son hombres, son Demonios".

Después de proporcionales agua y comida a Wensel y Maine les dijo el Coronel Cambas, no se preocupen, nosotros somos gente civilizada como ustedes, y sabemos tratar a nuestros prisioneros, poco después llegaban unos soldados trayendo en una camilla a Maudet, atrás venían otros heridos, se les dejó cerca de una barricada en donde el Coronel y Doctor Francisco Talavera había instalado un improvisado hospital de campaña para atender a los heridos mexicanos y a los franceses. Fue muy notorio que la oficialidad y los soldados del Batallón de Jalapa proporcionaron gran atención a los heridos legionarios, así como el Coronel Cambas y el Teniente Laine.

En total quedaron unos 20 legionarios que estaban con Maudet, en un estado de gravedad, algunos estaban ya muriéndose, los heridos fueron transportados al hospital de Jalapa.

Más tarde, lejos, los soldados de Milán empezaron a agrupar sus muertos y Milán se inclina con respeto a los restos del Jefe de su Estado Mayor el Teniente Coronel José Ayala y junto a él, se encontraban los cuerpos del tambor Ochoa y del Capitán Francisco Güido Zaragoza y su hermano Vicente el subteniente Rafael Redondo y cientos de ellos.

Del lado Francés, la cuenta sin duda era fácil de hacer, pero del lado de los mexicanos fueron 300. Posteriormente se hizo un cálculo, cada legionario tenía 60 (aquí se interrumpe el texto).

La tropa de Milán pasó la noche en Camarón. El Coronel Jeanningros en el campamento del Chiquihuite, empezó a inquietarse la noche del jueves 30 al 1º de mayo pasó sin la menor información de la 3ª Compañía, ignorando su situación, . En principio Danjou debió dejar a sus hombres un poco de reposos por la jornada del día 30 y de regresar durante la noche. A las primeras horas del viernes, pasaron dentro de la expectativa, y Jeanningros da las órdenes a la 1ª Compañía de estar listos para cualquier movimiento, cargadas las mulas y listos para salir, cuando un indígena que venía de Veracruz en el camino supo que los Franceses fueron muertos por los Mexicanos en Camarón, que está a casi 8 kilómetros de Paso del Macho, y de pronto encuentran a un hombre que sale de la maleza, vistiendo una camisa con una mancha grande de sangre en el pecho, precipitándose el Coronel hacia él, abre un bidón de café y le da a beber, tomándolo con desesperación, después de eso, dice "Yo soy de la 3ª Compañía", algunos lo reconocen y dicen que es Casimiro Lai, el tambor de Danjou, Y cuando está en condiciones de hablar describe como fue el combate, los compañeros lo rodean para enterarse de esa batalla heroica, como él fue dejado por muerto en el terreno después del combate, junto con otros cadáveres despojados de sus ropas. Ya que los Juaristas carecían de uniformes y buenas botas, así que para los guerrilleros, eso era un buen botín. A los cadáveres los dejaron en una fosa común la que casi no cubrieron con la tierra, ya que los Liberales se retiraron a la Joya inmediatamente.

Así que este valeroso tambor sacó fuerzas y salió de la fosa a informar, pero sus heridas y el miedo de encontrar al enemigo, pasó una noche batallando con los coyotes, que al oler la sangre trataron de devorarlo.

La columna prosiguió su ruta sin encontrar novedad alguna, cuando llegó a Camarón, no encontró a nadie y ni otro indicio que las paredes ahumadas que denunciaron un gran incendio. Al rodear la hacienda, se descubrió un cadáver y al moverlo se encontraron otros debajo de ese, ahí estaban todos los cadáveres de la 3ª Compañía, todos despojados de sus ropas. Entre los restos, se encontraron a los del Capitán Danjou al que le faltaba la mano izquierda, se vieron muchos conocidos, ya casi devorados por los coyotes.

N.B. La mano de madera del Capitán Danjou fue encontrada posteriormente por el Coronel René Jeanningros y se venera como una reliquia de esta batalla en el Cuartel general de la Legión Extranjera en Sidi-bel-abbés, Argel. Posteriormente fue trasladada al actual cuartel general cerca de Marsella, Francia.

Jeanningros hizo correr a los granaderos de Saussier quienes encontraron un cadáver de guerrillero y después cerca de 3 kilómetros encontraron los cuerpos de más soldados mexicanos en una fosa común, eran como 90 soldados muertos.

Como la noche llegaba era muy importante rescatar los muertos de la 3ª Compañía, y el Coronel tomó muy en cuenta lo que el Tambor Lai dijo de lo que escuchó a Danjou decir sobre el número de atacantes.

Ese mismo día viernes 1° de Mayo, hubo una gran movilización de tropas francesas para apoyar a la 3ª Compañía, ignorando la cruda realidad de los hechos trágicos.

Por un lado el Capitán Cabossel con sus legionarios con rumbo a Palo Verde, saliendo de La Soledad, llevando como la avanzada a la caballería del Coronel Dupín, llamada la contraguerrilla, detrás de Cabossel, seguía la 5ª Compañía del Capitán Ballue. Pero cuando fueron ya informados de la tragedia de Camarón, todos maldijeron, pero solo quedaba el Coronel Giraud esperando al domingo para proteger y poner al convoy en camino de Puebla.

Esa tarde en La Soledad no se escuchó ni un grito, ni un canto, ni risas, solamente todos pensaban en sus compañeros de armas, que valerosamente cayeron sin vida a los 34 días de su llegada a México.

Jeanningros llegó primero a Palo Verde y cuando los oficiales escucharon el ruido del inmenso convoy y los vieron llegar, ellos van a recibirlos, pensando que ya no los volverían, Regnault abrazó a Cabossel y le agradeció la cooperación de la protección con su tropa, pero todos preguntaban sobre la gran tragedia, Jeanningros les platicó lo ocurrido, relatado por el tambor Lai.

Se les informó que sus compañeros yacían todos juntos en una fosa común, muy cerca del ángulo Sudeste de la hacienda, libres de la voracidad de los coyotes y de los zopilotes.

El Coronel formó a toda la tropa y ordenó presentar Armas y con viva y fuerte voz gritó "Honor a los bravos, nosotros sabremos seguirlos dentro del camino que ellos nos trazaron". Más tarde todo la tropa desfiló delante de su tumba. Esa misma tarde Jeanningros acampa en Paso del Macho y al otro día llega a Chiquihuite.

El convoy con los cañones obuses, los cartuchos y el dinero del tesorero, así como el correo del Emperador, todo fue encaminado a Puebla, en donde la novedad del combate de Camarón y el sacrificio de la 3ª Compañía del Regimiento Extranjero, los había precedido.

Este fue el verdadero BEAU-GEST, el verdadero BELLO GESTO de un puñado de valientes legionarios, que por su entusiasmo al cumplimiento del deber, sacrificaron sus vidas para así lograr salvar un convoy muy importante, el que era eminentemente presa fácil de los liberales, tanto Danjou como Maudet, ellos se presentaron de voluntarios a cubrir unas plazas dentro de la 3ª Compañía, sin tener esa obligación ya que sus cargos eran muy superiores a los que tomaron, pero su entusiasmo y el espíritu de aventuras que han tenido todos los legionarios, fueron los motivos de ese sacrificio.

Durante más de dos meses el enemigo no volvió ya para atacar los convoyes entre Tejería y el Chiquihuite. El 19 de Mayo de 1863 la bandera Francesa fue izada en Puebla.

Evaristo Berg en el campamento mexicano. Escribió, tratando de rendir un informe a sus superiores, con estas palabras. "La 3ª Compañía del 1er Regimiento está muerta mi Coronel, pero ella hizo demasiado por lo que ella se puede decir, tuvo unos bravos soldados".

El Coronel Cambas autorizó a los prisioneros a escribir una carta a su Coronel, a pedimento de sus camaradas al Cabo Berg, fue motivado a hacerlo, ya que éste tenía un diploma de Bachillerato y estaba muy capacitado para hacerlo.

El Coronel Milán instaló su Cuartel general cerca de la vieja higuera, la que consideraban como de siglos de vida, tenía además un follaje grande. El perímetro de su Cuartel General, fue establecido con una circunferencia de 50 metros con un parapeto de un metro de alto.

El humanitario Coronel y Doctor Talavera, quien no pudo suplir la falta de equipo quirúrgico, para atender la cantidad abrumadora de heridos, los que no pudieron sobrevivir a las lesiones de la batalla de Camarón. Entre los evacuados a La Joya murieron 5 legionarios y al otro día dos más, también el jefe de la guerrilla Donaciano Pérez, los cuales fueron enterrados cerca del río Chiquito.

El 3 de mayo, el Coronel Milán es informado por sus espías, sobre al movimiento del Coronel Dupín, por lo que de inmediato abandona la Joya y fue a unirse al grueso de sus batallones en Huatusco, situado a 64 kilómetros al Noroeste.

Ahora empieza para los heridos un verdadero calvario, Maudet, Germeys, del Carreto, Dael, Kurz, Rhuor, Timmermans, Billod, acostados en la camillas improvisadas, con vendajes recortados a la prisa y siendo transportados dos en cada mula, y a veces no podías evitar de quejarse. La tropa de Milán tenía que ir a la carrera para escapar de un ataque de los franceses, ya que pensaron de seguro las represalias por lo de Camarón, solo se detuvieron para enterrar a los que iban muriendo.

El Doctor Talavera tuvo la intención de internarlos en el hospital de Huatusco, que fue fundado por las Hijas de San Vicente de Paúl unos años antes, y que era patrocinado por las damas de la mejor sociedad del lugar, lo dirigía Doña Juana Marrero de Gómez, una viuda de un comerciante muy rico la cual consagró su existencia a las obras de caridad y socorría a las enfermos y los necesitados, ella tenía una gran generosidad, además de tener una magnífica educación.

Debido a su gran dedicación a los enfermos la llamaban respetuosamente "MAMÁ JUANA".

El Coronel Francisco Marrero, comprendiendo que los medios precarios de la tropa mexicana no se le podían dar la atención debida al Oficial Maudet, le pidió a su hermana Doña Juana Marrero le diera asilo en su casa, por lo que Maudet fue transportado de inmediato a la casa de la Sra. Marrero, la casa se encontraba enfrente del cuartel militar, en una esquina de la Plaza Principal.

Si hubo una oportunidad de vivir, Maudet la tuvo, ya que se le proporcionaron toda clase de atenciones y cuidados al herido. Pero Maudet no se hacía ilusiones de sobrevivir y de sus compañeros, los que luchaban al igual que él. La bondad de Mamá Juana, su cariño que prodigó en las atenciones, no fueron suficientes para vencer a la muerte, y Clemente Maudet entra en agonía algunos días después de su llegada a Huatusco. Antes de expirar el 8 de Mayo, tuvo deseos de escribir y con grandes trabajos, venciendo a su debilidad, sudando copiosamente, logra escribir en una hoja de

papel, unas palabras tan solo y que lo dicen todo. "Yo dejé una madre en Francia, yo encontré otra en México".

Cuando expiró, Mamá Juana no pudo contener las lágrimas, le cerró los ojos y le cruzó sus brazos, rodeándolo con un rosario de las Hijas de la Caridad que ella llevó en su cuello, y entre sus dedos acomodó el crucifijo.

Cuando la Sra. Marrero informó a sus hermanos Francisco y Manuel Marrero la muerte del subteniente Maudet, inmediatamente dieron órdenes que se le rindieran los honores militares.

Los Coroneles Marrero, ellos personalmente hicieron que lo vistieran con su uniforme limpio, ese uniforme militar que le colocaron las medallas que él ganó en la Batalla de Sebastopol, en la de Solferino, depositándole su kepí y su espada. Sobre una banda tricolor que le colocaron sobre su pecho, con una frase escrita en francés "Gloria a las armas de Francia". Ellos colocaron cerca del cuerpo un pequeño frasco cerrado con un tapón, con un papel adentro, donde escribieron "Clemente Maudet, murió el 8 de Mayo de 1863. Francia".

El féretro transportado por soldados mexicanos, al atrio de la parroquia de Huatusco, éste fue depositado dentro de una fosa masónica. Un pelotón de soldados presentó "Armas" y se disparó una "Salva de Honor". Así murió en Huatusco a las 15 horas el heroico Abanderado del Regimiento Extranjero el tercer Oficial de la heroica 3ª Compañía del Capitán Danjou.

A él, le rindió honores el Ejército Mexicano, y éste mismo ejército se honró así mismo, elevado de todas las ideas políticas, por rendir un homenaje a un soldado por sus Virtudes Militares. Existirán siempre hombres que lleguen a pensar que es más noble morir, que rendirse.

TROPAS

El Coronel Francisco de Paula Milán salió con:

- 1.- Batallón de la Guardia Nacional de Veracruz, Coronel Rafael Estrada.
- 2.- Batallón de la Guardia Nacional de Jalapa, Coronel Ismael Terán.
- 3.- Batallón de la Guardia Nacional de Córdoba, Coronel y Doctor Francisco Talavera.

En el Chiquihuite estuvo el Coronel René Jeanningros con:

Primer Batallón de la Legión Extranjera.

En La Soledad el Coronel Giraud con:

La 5ª Compañía de infantería del Regimiento (Legión) Extranjera.

En Tejería estuvo el Coronel Munier con:

La 1ª Compañía del 2º Batallón Extranjero.

Atendieron con gran cortesía a los heridos los Coroneles Francisco Talavera, Camba y el Teniente Laine.

Por un juego del destino y las tristes circunstancias de la guerra, el 24 de Octubre de 1865, dos Oficiales Franceses, se presentaron en el domicilio de la Sra. Juana Marrero en la Villa de Huatusco, Cumpliendo no solo con la cortesía militar, sino a la vez en agradecimiento a esa gran Dama.

Le llevaron un triste presente, el cuerpo de su joven hermano, el Coronel Manuel Marrero, quien acababa de morir en un combate muy cerca de Huatusco, entregándoselo con grandes demostraciones de respeto, le rindieron Honores Militares los Legionarios Franceses. Después con gran emoción se retiraron sin pronunciar palabra alguna.

Así se comportan los Soldados de Honor, con ese código sagrado entre los caballeros de la guerra, esos que portan un uniforme. Una insignia que los distingue.

FIN



OTROS RELATOS

Miguel Domínguez Loyo (0) nos relata este hecho de la siguiente manera:

EL COMBATE DE CAMARÓN

El 30 de abril, por la mañana, el coronel Francisco de Paula Milán, gobernador militar del estado de Veracruz, cruzaba el camino nacional a la altura de Camarón, procedía de Xalapa, habiendo salido de Huatusco al despuntar el día y marchaba para Sotavento (1); iba escoltado por guardias nacionales del estado, entre las que se encontraban las de Coscomatepec, de Córdoba y de otros pequeños lugares de la zona, poco más de 400 hombres; tropezó casualmente con la 3ª compañía de la Legión Extranjera comandada por el capitán Danyou (sic), que bajaba de Córdoba después de haber formado parte de las fuerzas enemigas que protegían un convoy de municiones. Y tres millones de francos en oro que se destinaban al sitio de Puebla. Al darse cuenta de la presencia de las tropas mexicanas, rápidamente se replegaron los legionarios y fueron a parapetarse en la vieja casona de mampostería de la hacienda de la Trinidad, ubicada sobre el camino carretero.

El combate fue rudo y duró hasta en la tarde; los mexicanos tenían que recorrer a paso veloz una larga planicie totalmente descubierta, para llegar a los gruesos muros del edificio, siendo cazados fácilmente por el enemigo con sus armas modernas y de gran alcance; éste hacía fuego por las azoteas y la troneras improvisadas en los balcones, protegido el zaguán por una alta pila de lozas y piedra desprendidas del piso; los nacionales forzaron el zaguán y la lucha continuó al arma blanca en el patio de la casa. Numerosos fueron los mexicanos muertos, entre ellos varios oficiales; cayeron sin vida 32 legionarios, el capitán Danyou (sic) y dos oficiales de la columna, 11 quedaron heridos contándose un oficial y el resto quedó prisionero; éstos tratados con toda atención y desde el lugar mismo de los hechos, a la orilla de una pequeña presa contigua, curadas las heridas de los legionarios, cuidadosamente, por el comandante de los nacionales de Córdoba, el doctor Francisco Talavera. (Acción de armas relatada además por Tío Mulato Vargas, testigo y actor, formando parte de los nacionales de Coscomatepec):

Días más tarde, el 14 de julio (2) (3), los prisioneros fueron canjeados en Coscomatepec por el general mexicano Manuel María Alba. Algunos de los heridos fallecieron en Huatusco.

0.- Domínguez Loyo, Miguel 1988 El Combate de Camarón en: Blázquez Domínguez, Carmen (compiladora). 1988 Veracruz Textos de su Historia Tomo II: 73-74. Gobierno del Estado de Veracruz. Instituto Veracruzano de Cultura. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

1.- El estado de Veracruz está dividido en siete regiones naturales de norte a sur: Huasteca, Totonaca, Centro-Norte, Central, Grandes Montañas, Sotavento y De Las Selvas.

2.- Aniversario del inicio de la revolución Francesa con la toma de Bastilla.

3.- Ese mismo día Murió Ignacio de la Llave.



From Richard O'Connor

"... And then there was Camerone (sic), that blood-red-letter day in the annals of the French Foreign Legion (still a celebrated with an extra ration of rum and a sound of bugles at the legion's last outpost in Corsica). If the sunrise attack at San Lorenzo and the capture of Puebla proved that the French could win pitched battles and were experts in siege warfare, Camerone (sic) showed that they were non invincible or invulnerable, no matter how heroic.

In the continuing reinforcement of the army in Mexico, two battalions of the legion landed at Veracruz on March 31, 1863, with a third disembarking a short time later. Altogether they formed a brigade of 4,000 men-fewer than half of whom would ever return to their cantonments in Algeria. Colonel René Jeanningros, their commander, and the men of the battalions were outraged when they were assigned to guard the supply route from the swamps of Veracruz to the forward positions at Puebla. It seemed to the legionnaires that they were no more highly regarded by General Forey than such sorry outfits as the Egyptian Legion, who wore fezzes and fell on their knees to Mecca and who were guarding the stores down on the quays of Veracruz. Instead of joining in the assault on Puebla, they were broken up into small detachments and stationed at posts along the mountain road which had been taken by all of Mexico's conquerors from Cortez (sic) to General Winfield Scott and his American army in 1846.

On April 29, the Third Company of the First Battalion, normally 112 men and 3 officers, was ordered to convoy a supply caravan of 60 carts and 150 mules from Veracruz to Puebla. The company had been riddled by fever, however, and none of its officers and only 62 of its enlisted men were available for duty. Colonel Jeanningros asked for volunteers among his battalion staff to take over the command, and Captain Danjou, battalion adjutant major, stepped forward, followed by the paymaster, Vilain, and Lieutenant Maudet of the First Company. The Colonel offered to reinforce the Third Company, but Captain Danjou was certain that 62 legionnaires could handle any number of Mexican bandits or guerrillas they might meet on the road to Puebla.

Jeanningros was worried by the facts that the caravan, in addition to munitions, would carry 3,000,000 francs in gold bullion to pay the troops at Puebla and that the guerrillas were known to have an excellent spy system, but he accepted Captains Danjou's assurances.

The following morning, April 30, the Third Company marched out in advance of the caravan to scout the road ahead. About 7 A.M. the company, in a double file on each side of the road, passed through the ruined and deserted hamlet of Camerone (sic). About all that was left standing, as Danjou observed, was a farmhouse with a few collapsed outbuildings. The column continued for about a mile through the rolling brush-covered countryside until Captain Danjou called a halt for breakfast. They had just started their cook fires when a swarm of mounted Mexicans appeared on the ridges above them. Heavily outnumbered, as Danjou could see at a glance, their only hope was to conduct a fighting retreat to the ruins of Camerone (sic). It was a maneuver they had often performed in Algeria under attack from tribesmen just as fierce- but seldom against such heavy odds. The enemy force consisted of 800 Juarista cavalry supported by 1,200 militia on foot; worse yet, it had learned of the gold bullion the Third Company was Assigned to protect.

Danjou formed his company into a rectangle and retreated through undergrowth so thick they could not be charged by the Juarista cavalry. Despite the skill with which this maneuver was conducted, the understrength company lost 16 men, who were captured during the retreat to Camerone (sic). They made a dash to the farmhouse, and were bitterly surprised when gunfire blazed out of the upper windows and wounded several men.

Captain Danjou, who had lost a hand during some previous campaign and now wore a wooden one encased in a white glove, flourished his sword in his good left hand and started to lead a charge on the farmhouse when they were suddenly attacked by the Mexican cavalry from the other side. They were forced to take shelter behind a broken wall and around a tumbled-down outbuilding, but managed to repulse the cavalry charge.

Their situation was desperate. Closely surrounded, they could not reach the well for water, nor could they send to headquarters for help. The pack mules with extra rations and ammunition had been driven off by the Mexicans. And they were outnumbered by 50 to 1.

After about an hour of fighting in the swirling dust of the farmyard, with a number of legionnaires dead, wounded or dying behind the stone wall, the Mexican colonel in command rode forward under a white flag and called out in Spanish; "I ask you to surrender. You are surrounded by two thousand soldiers. Surrender and you will be fairly treated".

"We'll die before we surrender," Danjou replied. That was the legion doctrine; the lives of its men were forfeit the moment they were committed to battle.

For the rest of the morning and into the afternoon the Battle of Camerone (sic) continued. The Mexicans attacked the French position repeatedly in a series of rushes but failed to overrun it; each time, however, they left another legionnaire or two wounded or dead. Danjou kept warning his men to make every shot count and use the bayonet whenever possible.

In midafternoon, he was just reassuring the surviving members of Third Company that "aid will come" when he was killed by a sniper on the roof of the farmhouse. Two of the other three officers were also cut down. By five o'clock in the afternoon there were only Lieutenant Maudet and twelve enlisted men still on their feet. They were surrounded by the dead and dying piled in grotesque heaps. The Mexicans had tightened the ring around them and when night fell would surely overrun the surviving legionnaires.

An hour later only Lieutenant Maudet and five rankers were still standing-Corporal Maine, a Frenchman, and Privates Wenzel (German), Katau (Polish), Constantin (Austrian), and Leonhart (Swiss), a fair representation of the makeup of the legion. Although they had stripped the dead of their ammunition, they had each only one round left. To a legion officer there was only one possible tactic: a suicidal charge.

"Reload," Lieutenant Maudet ordered the survivors. "Fire on command. Then follow me through the breach. We'll end this with our bayonets."

On command, they fired their last round, then followed the lieutenant in possibly the most hopeless charge in military history. Hacking away with their bayonets, they plunged into a mass of Mexican militiamen. During the melee Colonel Milan, the Mexican Commander, rode up and whacked his troops with the flat of his sword to prevent them from finishing off the survivors of Third Company. Corporal Maine and

Private Katau were taken alive and along with other wounded legionnaires were removed to a hospital fifty miles away.

Third Company, First Battalion, was wiped out, but its fight at Camerone (sic) saved the supply train, which had turned back on hearing the sounds of battle.

At Dawn the day after the battle Colonel Jeanningros marched into Camerone (sic) at the head of a relief column, just twelve hours too late to do anything but bury the dead. Captain Danjou's body would not be found-only his wooden hand, the white glove stained with blood.

Colonel Jeanningros picked up the hand and sent it back to legion headquarters at Sidi-bel-abbés. The wooden hand of Captain Danjou is still the legion's most sacred relic, the stark symbol of one of its most gallant actions.

O'Connor, Richard. 1971. *The Cactus Throne. The Tragedy of Maximilian and Carlotta.* Avon Books. New York



De José M. Vigil

.....y el combate que el 30 del mismo mes se verificó en el Camarón, en que una compañía del regimiento extranjero fue atacada y enteramente destruida por el coronel Milán: El enemigo opuso una resistencia desesperada habiéndose batido desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde. Sucesivamente cayeron muertos el capitán Danjou, el subteniente Maudet. La tercera parte de los soldados quedaron tendidos en el campo, y los demás hechos prisioneros, el cabo E. Berg, refiere así en una carta dirigida a su coronel, la manera con que habían sido tratados por los mexicanos, muy distinta por cierto de cómo se conducían los franceses respecto de los que caían en sus manos: "Nos hallamos actualmente en el campamento del Sr. Milán; estamos rodeados de consideraciones y de todos los cuidados que pueden dársenos: los oficiales son gentes todas de corazón y de honor; ellos se inclinan ante el infortunio, y al ver la dignidad de su comportamiento, se conoce que son verdaderos soldados, que saben batirse y honran al valor desgraciado. Ayer tarde he sido presentado al coronel Milán; me ha concedido todo lo que le he pedido."

Vigil, José M. 1980 *México a Través de los Siglos. Tomo Quinto: La Reforma. Libro Segundo, Capítulo X: 584.* Décimosexta edición. Editorial Cumbre. México.



DE FRANCISCO DE PAULA MILÁN A IGNACIO COMONFORT *

Tengo la honra de participar a usted que, en cumplimiento de las órdenes que recibí de su gobierno y de ese Cuartel General el 12 del mes que finaliza, salía a Jalapa a interponerme en el camino que conduce de Veracruz a Orizaba, llevando al efecto la Brigada del Centro, compuesta de los batallones “Independencia”, Guardias Nacionales de Jalapa, “Zamora” y “Córdoba” los cuales-con las fuerzas federales que logré reunir por estos rumbos- forman un número de seiscientos cincuenta infantes y doscientos caballos. En la mañana de hoy salí, como frecuentemente lo hago a reconocer algunos puntos del camino, llevando fuerza de caballería. Al llegar a dicho camino encontramos una fuerza francesa que bajaba del Chiquihuite y al momento dispuse cargar sobre ella pero, habiéndose formado en cuadro, resistió el choque, replegándose a paso veloz a una casa de material que hay en el punto del Camarón, donde se parapetaron y abrieron aspilleras en las paredes, para hacer fuego. Nuestra caballería cercó la casa y entre tanto hice venir violentamente a las fuerzas de infantería que había dejado en el campamento y emprendí el ataque el ataque. Sin embargo los enemigos estaban bien guarnecidos, y carecíamos de artillería para abrir brecha y útiles de zapa para hacer horadaciones. Medio día ha durado el combate, que terminó cerca del oscurecer y que fue sostenido por nuestros contrarios por un valor infundido en la creencia que éramos guerrillas y no les perdonaríamos la vida. Al fin sucumbieron, después de muertos dos oficiales y estar herido el otro y fuera de combate la mayor parte de la fuerza. Esta pertenecía a la 3^a Compañía del 1er Batallón de la Legión Extranjera; la mandaba un capitán que fungía de mayor del cuerpo y que murió, así como otro subteniente, quedando gravemente herido y prisionero el otro, que era abanderado del regimiento. De los sesenta soldados que mandaban, murieron veinte; de los restantes diez y seis gravemente heridos y 24 prisioneros cayeron en nuestro poder, sin que escapase uno solo. Hemos levantado el campo recogiendo todo el armamento y los heridos prisioneros han sido asistidos con todo esmero por la acción médica de la brigada. Por nuestra parte hemos tenido que lamentar algunas desgracias que participaré a usted detalladamente, luego que reciba los Partes de los Jefes de los Cuerpos. El C. Teniente Coronel José Ayala, Jefe de mi Estado Mayor, fue muerto al principio del combate; han sido heridos tres tenientes y tres capitanes y nuestras pérdidas en la clase de tropa han sido diez y seis muertos y ocho heridos. Todos los ciudadanos que componen la Brigada del Centro han cumplido con su deber. Oportunamente comunicaré a usted los nombres de los que han perdido la vida o han derramado su sangre en defensa de nuestra independencia. Entre tanto suplico a usted se sirva poner en conocimiento del C. Presidente de la República, este pequeño hecho de armas, manifestándole que los invasores no dejarán de ser hostilizados frecuentemente en el territorio veracruzano.

DE IGNACIO COMONFORT A MIGUEL BLANCO **

Y tengo la honra de transcribirlo a usted para conocimiento del C. Presidente Constitucional, a quien se servirá presentar mi más cordial felicitación por la victoria que nuestras armas alcanzaron en la jornada de que se trata. Libertad y Reforma, San Lorenzo, Mayo 7 de 1863.

DE MIGUEL BLANCO A IGNACIO COMONFORT

Se ha recibido en este Ministerio, el oficio de usted de fecha 7 del actual, en que comunica el encuentro que el comandante militar del estado de Veracruz tuvo con una fracción enemiga de 60 hombres que bajaban del Chiquihuite a la cual batió hasta obligarla a rendirse, lo cual ha sido muy satisfactorio al Presidente de la República. Independencia y Reforma, mayo 12 de 1863, Blanco, C. General en Jefe del Ejército de Centro.

* Reyes Montaña, Pedro. 2004 Comunicación personal.

** Secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina (23 de mayo, 1862 a 25 de mayo de 1863).



Coronel Mexicano 1863

DE VÍCTOR HUGO A BENITO JUÁREZ

Juárez, os habéis igualado a John Brown. La América actual cuenta con dos héroes: Con John Brown y con vos: Brown murió, pero matando la esclavitud, y vos habéis hecho vivir la libertad.

México se salvó por un principio y por un hombre: el principio es la República: el hombre sois vos. El destino de todos los atentados monárquicos conduce al fracaso. Todas las usurpaciones empiezan por Puebla y acaban por Querétaro.

La Europa, en 1863, se arroja sobre la América. Dos monarquías atacaron vuestra democracia: la una con un príncipe, la otra con un ejército: el ejército llevó al príncipe entonces el mundo presencié este espectáculo: a una parte vio a un ejército, el más aguerrido de los ejércitos de Europa, apoyado por una arma poderosa, teniendo para abastecimiento la hacienda de la Francia; ejército victorioso en África, en Crimen, en

Italia, en China; fanático por su bandera: A la otra parte vio a Juárez a una parte, dos imperios; a la otra parte, un hombre. Un hombre con algunos secuaces. Un hombre expulsado de ciudad en ciudad, de aldea en aldea de bosque en bosque; apuntado por la infame fusilería de los consejos de guerra, perseguido, fugitivo, teniendo puesto a precio la cabeza. Eran sus generales algunos desesperados, y sus soldados descamisados. No tenía dinero, ni pan, ni pólvora, ni cañones. Los matorrales eran sus ciudadelas. A una parte estaba la usurpación llamada legitimidad y a la otra parte el derecho, llamado bandido. La usurpación llevaba el casco en la cabeza y la espada imperial en la mano; la saludaban los obispos, y la arrastraban delante y detrás de ellas todas las legiones de la fuerza. El derecho se presentaba solo y desnudo y el derecho aceptó el combate.

La batalla de uno contra todos duró cinco años, como carecía de hombres tomasteis las cosas como proyectiles..... habéis hecho la guerra como los gigantes; combatiendo a montañazos.

Un día, después de cinco años de humo, de polvo y de sequedad, se disipó la nube, y el mundo vio dos imperios en el suelo, sin monarquías, sin ejército; solo vio la enormidad de la usurpación convertida en ruinas y sobre estas ruinas, un hombre en pie: JUÁREZ, y al de éste hombre, la LIBERTADdespojado de su falsa inviolabilidad a la inviolabilidad real, ponéis desnuda a la verdadera inviolabilidad, que es la humana; que el criminal queda estupefacto al ver que la parte que se le hace sagrado es la parte por la que no es emperador; que el príncipe, que se cree superior al hombre aprenda que encierra la miseria de ser príncipe y la majestad de ser hombre.....

Hauteville-House, 20 de junio de 1867.



Cadetes Mexicanos 1847

DE SEBASTIÁN I. CAMPOS

Sebastián I. Campos “El Jarocho” nace en el puerto de Veracruz en 1840 y fallece en Orizaba en 1897, Mayor de Infantería, participa en la batalla de Camarón al mando de las tropas de infantería como segundo del Coronel Francisco de Paula Milán Pastoriza.

Una vez restaurada la república hace residencia en Orizaba, Veracruz, México y se dedica a las labores propias de su profesión civil, la abogacía, hombre inquieto dirige el periódico **El Pensamiento Libre** y escribe y publica en 1895 el libro titulado **Recuerdos Históricos de la Ciudad de Veracruz y Costa de Sotavento del Estado Durante las Campañas de “Tres Años” “La Intervención” y el “Imperio”** de este libro que se encuentra en el Archivo Municipal de Orizaba, actualmente dirigido por el Ing. Dante Octavio Hernández Guzmán, transcribo el relato que hace el Mayor Campos.

XI

Llegó el día 4 de Mayo

Era la víspera del primer aniversario del asalto de Puebla por la tropas del General Conde de Lorencez, en cuyo hecho de armas la victoria ciñó con sus laureles las banderas de la República, y que recordaban con entusiasmo los soldados de Jiménez en los momentos en que se disponían á practicar el reconocimiento previo ordenado por el Coronel Milán, para efectuar el paso del camino carretero.

A las seis de la mañana una sección de exploradores compuesta de veinte hombres al mando del Teniente D. Anastasio Jiménez hermano del Comandante, abrió la marcha, siguiéndola a las siete el resto de la fuerza, á cuyo frente iba el referido comandante y el capitán X....., y cuando llegaron a los linderos del camino, como en éste no apareciera alma viviente, unidos los exploradores al resto de la sección, comenzaron á bajar dirigiéndose á la “Joya”, como estaba ordenado, Allí debería encontrarse ya Milán con la fuerza de infantería.

Entre ocho y nueve, una polvareda que se notó a menos de una legua de distancia, hizo suponer a Milán había anticipado su salida; pero esto no era razonablemente admisible, pues en todo caso darían un rodeo tan innecesario como peligroso, Jiménez continuó avanzando, si bien con las precauciones necesarias. La caballería formó en ala, corriéndose á la derecha del camino para cortarlo en una extensión mayor, y con las carabinas en guardia, divisando á paso andar un fuerza de infantería enemiga, como de cien hombres pertenecientes al 2º batallón de la “Legión Extranjera” que se dirigía a Córdoba. Los dragones hicieron alto, rompiendo el fuego desde luego, aunque á demasiada larga distancia, siendo infructuosos sus tiros, por lo cual Jiménez ordenó el avance sin apresurarse demasiado, temeroso de que aquella no fuera sino alguna simple descubierta. El enemigo retrocedió entonces lentamente, haciendo fuego en retirada hasta ampararse de un caserón de mampostería, donde se refugió.

El Capitan X....., seguido de cuatro hombres de toda confianza, partió en el acto, á todo escape, poniéndose fuera del alcance enemigo, para participar a Milán el inesperado encuentro. La Caballería de Jiménez quedó en observación.

El enemigo comprendió su situación, y entretanto los dragones y el Capitán X..... corrían á toda rienda, los franceses desempedrarón el patio y piso de la casa amontonando la piedra a modo de muro, tras la puerta del zaguán y la una ventana, y aspilleraron las paredes; de modo que, situada la casa en medio del campo, podían hacer fuego por todas partes en una extensión dilatada y libre de obstáculos, lo cual quintuplicaba sus fuerzas. A la una ó poco antes se avistó la vanguardia del Coronel Milán con éste y su estado mayor á la cabeza, y los jefes Camacho y Talavera:

componíase de dos compañías del batallón de infantería Guardia Nacional de Veracruz, al mando de los capitanes Samohano y Migonio y Frías; y momentos después hacían alto a retaguardia los piquetes del “Izote” y de “Córdoba”. El batallón Guardia Nacional de Jalapa, al mando del Teniente Coronel D. Ismael Terán, tomaba posición también a retaguardia de una presa de agua que le servía de punto de apoyo, situada á espaldas del caserón.

Jiménez, á distancia conveniente, ejecutó una maniobra para obligar al enemigo á retroceder, en el caso de que intentara una salida, situándose Escobar, que llegó en aquellos momentos, tras del edificio, á la izquierda del batallón de Jalapa. Con éste y los piquetes antes dichos se formaron dos pequeñas columnas de asalto, quedando como reservas las caballerías, en las posiciones que respectivamente ocupaban.

Los ayudantes del Estado Mayor comunicaron las últimas órdenes, y las compañías de Veracruz comenzaron desde luego al ataque. Dispersos en tiradores y arrastrándose por tierra durante un largo trayecto, sufrieron algunas bajas, logrando al fin bajo los fuegos del enemigo, al amparo de los muros de la misma casa en los intermedios de una á otra aspillera: espiaban el momento en que de ellas salía un tiro, casi siempre fatal para los nuestros, é inmediatamente introducían su fusil y hacían fuego, hasta que la boca de una carabina enemiga les indicara el peligro.

A las dos de la tarde avanzaron las columnas á paso de carga, por derecha e izquierda á retaguardia de la casa, para rebasarla fuera de tiro del enemigo, y concentrar el ataque sobre un solo punto, el frente del edificio, que era por donde únicamente podía penetrarse, inutilizando a la vez las aspilleras del lado opuesto y a la vez de los costados: los tiradores de Veracruz se concentraban al mismo frente, á proporción de las columnas cambiaban de posición.

Ya habían caído bastantes de nuestros soldados, siendo el primero el tambor Pablo Ochoa al pretender arrastrar una carreta cargada con paja para poner fuego á la puerta del edificio, cuando al lanzar su caballo para imprimir un movimiento de flanco a la primera columna que había oblicuado demasiado, cayó muerto, atravesado el corazón por una bala. El Jefe del Estado Mayor, Otro tanto sucedió al Alférez D. Rafael Redondo, Ayudante de Jiménez, que iba a comunicar una orden al Capitán Escobar, y momentos después, el Teniente D. Vicente Güido Subayudante de las compañías de Veracruz, caía mortalmente herido en la región abdominal, al intentar incorporarse á sus compañeros.

Los Franceses se batían con desesperación: casi todos sus tiros eran bien aprovechados, por la ventaja que les daba la posición que ocupaban sin que pudieran apreciarse las bajas que les hicieran los tiradores de Veracruz, quienes los entretenían mientras llegaban las columnas, cuya marcha era muy peligrosa por encontrarse á pecho á descubierto: El Capitán Güido y el Ayudante Rojas, ambos del Batallón de Jalapa, caen a su vez para no levantarse jamás, al mismo tiempo que la segunda columna era herido de muerte el Comandante del “Izote” y emprendiendo la carrera ambas columnas, y cerrando las filas cada vez que caía alguno de sus compañeros, llegaban al frente avanzando, que vomitaba un torrente de fuego por sus troneras.

Eran las cuatro de la tarde cuando el soldado Barrientos, de Jalapa, lograba forzar, auxiliado de dos o tres más, la puerta del zaguán, y embestir la trinchera de piedras,

cayendo muerto en el acto: pero éste fue el último esfuerzo de los franceses para contener el asalto. Quisieron lanzarse a través, y los republicanos la taparon con sus pechos al penetrar, cayendo muertos o heridos muchos de ellos. A la vez los de Veracruz penetraban también por la ventana; y ya dentro, franceses y mexicanos se buscaban para darse la muerte á culatazos y bayonetazos: no había tiempo ni espacio para cargar las armas; y era tan denso el humo producido por los tiros que se dispararon al penetrar que no se distinguían unos a otros.

Aquello era espantoso: se reproducían en pequeña escala las escenas que tuvieron lugar en la batalla de “Barranca Seca”, y en vano el clarín de órdenes tocaba “alto el fuego” para hacer cesar los horrores de una matanza inútil hasta que por fin, fuegos, gritos, golpes, todo fue cesando poco á poco, porque el enemigo ya no hacía resistencia y pedía rendirse á discreción. Luego se tocó “llamada y tropa” y aquellos soldados fueron á ocupar sus filas echando entonces de menos a los compañeros cuyo lugar quedaba vacío. Aquí y allá en el campo se oían los lastimeros gemidos de los heridos, é inmóviles, yertos los cadáveres de los que habían sucumbido en la lucha que acusaban venganza contra los traidores que trajeron la guerra al país.

En el Interior del destrozado caserón el espectáculo era horrible a la vez que conmovedor: franceses y mexicanos yacían mezclados, confundidos, durmiendo juntos el sueño de la muerte que se habían prodigado con furor: unos y otros habían pagado con la vida, víctimas inocentes, la insensata ambición del hombre más injusto que ha tenido la Francia moderna; y unos y otros daban ya cuenta á Dios de haber cumplido con su deber.

Se pasó lista: cuarenta y tantos hombres de la clase de tropa permanecieron mudos a la voz de sus oficiales. Yacían tendidos esperando que sus hermanos de armas les dieran sepultura, como lo esperaban también Ayala, Redondo, Rojas y dos horas más tarde la darían en un aldea ignorada a los dos Güido y al Comandante del “Izote”. Entretanto, una ambulancia improvisada disponía lo necesario para conducir a los heridos y el resto de la fuerza abría dos anchas fosas donde quedaron sepultados aquellos valientes cuyos nombres quedaban ignorados para la historia.

A eso de la cinco y media de la tarde comenzó la retirada: retirada triste y lúgubre, en la que los heridos abrían la marcha, transportándolos con el mayor cuidado posible, y los jefes la cerraban, cabizbajos y con todas las señales de un profundo pesar. Las caballerías volvieron á ocupar sus posiciones primitivas, excepto un piquete de la de Jiménez que cubría la retaguardia de la columna en marcha.

Tal fue el hecho de armas que desde entonces se conoció con el nombre de “acción del Camarón” y respecto de la cual se han hecho tan distintas apreciaciones, la mayor parte apasionadas y desfavorables á nuestras tropas, fundándose en la superioridad numérica de nuestros combatientes respecto á los contrarios.

No hay razón.

Este hecho de armas, enteramente casual, puede equipararse al que tuvo lugar en el “Mediadero” á fines de 1862. En éste, los republicanos, en la proporción de uno contra tres, tenían la ventaja de la posición: en aquél, si bien es cierto que las proporción era mayor, en cambio la posición de los franceses era infinitamente superior. Tiraban tras

de muros de piedra contra los cuales eran ineficaces los fuegos de la infantería la que por otra parte sólo comenzó a disparar cuando se puso bajo las troneras que había abierto el enemigo: de modo que por más de una hora estuvo recibiendo tiros certeros y precisos, como lo demuestra el hecho de que todas las heridas que recibieron los republicanos eran del pecho á la cabeza: no había una sola que bajara de la cintura. Además, el armamento era muy superior en calidad al nuestro : de mayor alcance y de mayor calibre , y dotados para una marcha larga, llevaba cada oficial y cada soldado, todo armados, con carabinas, diez y ocho paradas, todas consumidas según confesión de los prisioneros; y si la mortandad entre los republicanos no corresponde á la relativamente a la enorme cifra de proyectiles disparados, débese, primero, á que los tiradores de Veracruz, procuraban inutilizar los tiros del enemigo, desviando la puntería al asomar la boca del arma por las troneras; y segundo, á que las columnas de ataque, una vez á distancia de tiro, emprendieron el asalto á la carrera, á fin de ponerse cuanto antes bajo el fuego que las aniquilaba.

Esto no significa la más ligera idea de aminorar el valor de aquellos soldados que pelearon como valientes *.

XIII

Si la muerte de todos los oficiales y soldados que, perecieron en este encuentro fue tanto más cuanto que todos los que presenciaron el hecho comprendieron que había sido buscada : Ni de la orden que por su conducto se dio á otro oficial ni tomó el camino más seguro y corto su desempeño, sino precisamente aquel donde de una manera irremisible tenía que perecer acribillado á balazos como sucedió.

Parece que unos amores desgraciados en su tierra natal (era del interior), donde se vió burlado por el amigo que más quería y la mujer que le había entregado su corazón para llevarla al altar, hicieron que pidiera su baja en el cuerpo de ejército donde servía, para venir á continuar prestándolos lejos de aquellos lugares donde había visto desaparecer sus ilusiones, quedando burlado, desengañado y del todo decepcionado. Perfectamente recomendado por sus superiores, el Coronel Milán, á quien le fue simpático a primera vista, lo nombró desde luego Jefe de su Estado Mayor, y fue á este nuevo Jefe á quién confió su historia.

Adoptó un mal camino para olvidar sus penas, el de embriagarse con frecuencia, en cuyo estado muchas veces dejó conocer a otros oficiales parte de su desdicha. Pocos días antes de la expedición á la costa de Sotavento, dio un verdadero escándalo en Huatusco: Milán á solas con él le reprochó su conducta previniéndole que para otra vez, lo daría de baja y lo desterraría del territorio de su mando. Ayala, todo avergonzado porque era un joven de esmerada educación y de nobles sentimientos, le ofreció que *sería la última*, y así fue. Buscó la muerte para poner fin a una vida que ya le era pesada; y no queriendo morir como un cobarde suicida, se hizo matar como un valiente.

XIV

Un hecho curioso y casi ignorado.

Al proseguir su marcha las tropas después de haber dejado en Huatusco los pocos heridos de una y otra parte que sobrevivieron, cuando comenzaron a bajar el camino,

dejando á espaldas el pueblecillo de San Bartolo, los prisioneros Marcial Julien, Alexandro Adit y Carlos Berger, que habían fraternizado con nuestros soldados, de quienes recibían á cada paso las vivas muestras de simpatía, solicitaron del Coronel Milán que les permitiera cantar; y concedida tan extraña petición, aquellos hombres, llenos de brío y de entusiasmo, y enlazados los brazos entonaron en coro la Marsellesa, llorando a lágrima viva al entonar las estrofas del canto de guerra de la Francia republicana.

¡ Cruel y terrible protesta contra el hombre del 2 de Diciembre, que los lanzó á la guerra, contra una nación cuyos hijos han sido siempre admiradores de los grandes hombres del 93!

* Cuando el ejército francés ocupó parte del territorio Nacional, sus compatriotas le levantaron un pequeño monumento conmemorativo, cerrado por un barandal de hierro, para honrar la memoria de aquellos valerosos soldados. Este monumento histórico fue destrozado después del restablecimiento de la República por una mano sacrílega y oculta, que seguramente comprendía el patriotismo ensañándose contra las cenizas de héroes que fueron vencidos en buena lid.

Se señala el nombre del individuo que ordenó la comisión de tal crimen, pero no está perfectamente comprobado. A estarlo. Lo asentaríamos aquí para entregarlo a la execración de los hombres de corazón.

FIN

En las diferentes fuentes biográficas disponibles, aparece como año 1891 el del deceso del Mayor Sebastián I. Campos, lo anterior es incorrecto, por lo que a continuación transcribo el acta de defunción del mencionado Mayor Campos y que obra en el Archivo Municipal de Orizaba, Veracruz, México, correspondiente al año de 1897.

Número 1917 mil novecientos dies y siete. Sebastián I. Campos hijo de Pablo Campos y de Juana Medina.

En la ciudad de Orizaba a las 12 doce y 15 quince minutos del día 13 trece de Noviembre de 1897 mil ochocientos noventa y siete, ante mi el Licenciado Agustín Aguilar, Juez del Estado Civil de este Cantón, compareció el Señor Juan Palomino Peralta, casado de 55 cincuenta y cinco años de edad, Militar, originario de Atlixco Estado de Puebla, de esta vecindad y domiciliado en la casa número 28 veintiocho de la 1ª primera calle de Guadalupe y declaró que según el certificado que presentó expedido por el Doctor Don Ignacio Gómez Izquierdo, ayer a las 6 seis de la tarde falleció de Congestión cerebral en la casa número 3 tres de la 2ª segunda calle de la Parroquia el Señor Mayor de Infantería Don Sebastián I. Campos originario de Veracruz de esta vecindad de 65 sesenta y cinco años de edad viudo de la Señora Dolores Naranjo e hijo de los finados Pablo Campos y Juana Medina. El expresado Señor Palomino Peralta presentó como testigos del referido fallecimiento a los Ciudadanos Filemón Espinosa soltero y Antonio de Padua Godines, casado ambos mayores de edad de este origen y vecindad, militares, exceptuados del pago del impuesto personal y domiciliados, el primero en la casa número 13 ½ trece y medio de la 5ª quinta calle de la Bóveda, el segundo en la casa situada en la 3ª calle de la angostura.

Leída esta acta quedan conformes con ella y firman

Aparecen 4 rúbricas en el acta.

FIN

DE PHILIPPE MAINE

Philippe Maine fue uno de los legionarios que sobrevivió y como coloquialmente decimos en México “vivió para contarlo” pues no fue herido en la refriega.

Al momento de la batalla tenía el grado de cabo, en 1830 nace en Mussidan, Dordogne, Francia y a los veinte años se enlista por dos años en el primer regimiento de Zuavos, estacionado en Argel. En 1854 se enlista en el cuarto batallón de cazadores a pie y parte a Crimea. Herido en el ataque de Mamelon Vert al tiempo de la toma de Sebastopol, como resultado de su actuación es condecorado como Caballero de la Legión de Honor con el grado de sargento, y se reenlista como soldado raso en el segundo batallón de Suavos y sirve a continuación en la infantería ligera de África.

En enero de 1863, se enlista en la legión extranjera que parte a México, tres meses más tarde, participa en la batalla de Camarón. Es liberado por las tropas mexicanas en julio de 1863 resultado de un intercambio de prisioneros, se le nombra subteniente y posteriormente teniente a su retorno de México en 1867. Parte a la Conchinchina (hoy Vietnam) en 1868 y repatriado a Francia por enfermedad.

A la declaración de guerra en 1870, se enlista en el tercer regimiento de infantería de marina y los azares de la historia harán que los héroes de Camarón serán también los héroes en los combates de Bazeilles.

Hecho prisionero, se evade, y regresa al combate por el arma de Lorena con los tiradores Francos. Sirve a continuación con los tiradores Senegaleses y después de nuevo con el tercer batallón RIMA y pasa a retiro en 1878.

Poco tiempo después de su retiro es entrevistado por Lucien Louis Lande y el resultado de la entrevista fue publicada en la Revue des Deux-Mondes (Revista de Dos Mundos), Paris 15 de julio de 1878.

A continuación presentamos traducción al español del mencionado relato.

LA HACIENDA DE CAMARÓN

EPISODIO DE LA GUERRA EN MÉXICO

REVISTA DE DOS MUNDOS, PARÍS

15 DE JULIO DE 1878

El ejército francés venía de levantar el sitio de Puebla y se había replegado sobre Orizaba, espacios estrechos para la tropas victoriosas.

Esta villa está dominada por el Cerro del Borrego, dicho de otra manera la montaña del cordero, de 400 metros de altura aproximadamente y tan abrupta que nosotros en principio creímos no necesario de ocupar. Sólomente por la tarde del 13 de junio, una de dos compañías del 99° de línea en posición de avanzada de este lado recibió la orden de ocuparlo todo; pero previamente un cuerpo de 3,000 enemigos, tornaron para el bosque, habían ascendido la posición y estaban atrincherados con algunas piezas de artillería.

A medianoche, el capitán Détrie comenzó la escalada. La obscuridad estaba tan profunda que no se distinguía nada a dos pasos; los hombres, mochila a la espalda y en el más grande silencio, trepaban en fila, ayudándose con pies y manos, el largo de ese muro a pico que, el mismo a pleno día, que parecía inaccesible. En fin, después de esfuerzos sobrehumanos, ellos tocaron el primer nivel del cerro, cuando una descarga imprevista, que partió de los arbustos, reveló la presencia del enemigo.

Détrie hizo poner las mochilas al piso e hizo entrar a su pequeña tropa a bayoneta calada; al mismo tiempo, hacia el enemigo sobre sus verdaderas fuerzas, él ordenó a sus dos clarines el sonar sin descanso; él mismo inflando la voz, él fingió a bien comandar todo un cuerpo de ejército imaginario, apelando a sus oficiales por nombre propio, los batallones por su número, y los lanzó en masa al asalto.

Los Mexicanos se retiraron en desorden, nosotros les perseguimos; pero a medida que nosotros avanzábamos ellos se reagrupaban y reaparecían más numerosos, después de una hora de lucha pie a pie; pero él estaba temeroso de que el enemigo se diera cuenta de nuestro pequeño número, no lograrán envolvernos. Détrie detuvo a sus hombres, los escondió y él recomendó descanso en su lugar sin disparar; el ruido del combate tiene sin cualquier duda atraído la atención de nuestra retaguardia al pie, nosotros podíamos contar hacia un pronto rescate.

En efecto, después de tres horas y media de la mañana, llegó la otra compañía comandada por el capitán Leclère, y los dos juntos reemprendieron la ofensiva. Los Mexicanos en vano ellos retornaron dos veces a la carga e hicieron llover sobre los asaltantes un fuego terrible; dislocar todas las crestas, atacando cuerpo a cuerpo, ellos liberan a pie y se desbandan.

Asidos de pánico a su vuelta, el grueso de sus tropas, que acampaban en la planicie, se apresuraron en levantar el sitio; 140 soldados franceses pusieron en retirada un ejército. Esta sorpresa costó a los derrotados 300 muertos o heridos, de cuyos un gran número de oficiales superiores, 200 prisioneros, tres obuses de montaña, tres banderines y una bandera; nosotros perdimos no más de 6 muertos y 28 heridos. El capitán Détrie, que, para su vigor y su presencia de espíritu, hizo decisivo el éxito, es hecho promovido en recompensa comandante de batallón. Nombrado recientemente, el

portaba todavía sobre él su túnica, al remontar el Borrego, los galones simples de teniente.

Tiene Camarón, el desenlace infeliz para nuestras armas, pero el es la derrota que nosotros no damos paso para las victorias. Yo tuve el honor de conocer uno de esos raros sobrevivientes de ese episodio. De aproximadamente cuarenta y cinco años, de estatura baja, el color bronceado, los ojos pequeños y alertas, los atributos abiertos, enérgicos, con los gestos éstos rápidos un poco bruscos que guardan todos los militares veteranos bajo los hábitos burgueses, tal es el físico de capitán Maine, a la fecha en retiro.

Su mejilla tiene marcada una cicatriz de bala que recibió en Crimea y la que hace una gran depresión, a la escarapela de oficial que adorna su solapa, sin pena de recordar que él pasó por las rudas pruebas. Frecuentemente solicitamos que nos contara el episodio de Camarón, el se negaba siempre, no por falsa modestia sin duda, pero que recordaba, decía él, que honorable él era, no dejó paso de él siendo difícil. Una noche por tanto, como nosotros le presionamos, él cedió a nuestras instancias, y nos contó, yo escuche religiosamente, y que aquí trato de reproducir.

I

Nosotros éramos parte de los refuerzos de todas las armas enviadas al séquito del general Forey después de la derrota de Puebla. La legión extranjera, que tenía hecho tan frecuentemente hablar de él en Argel, fue traída a México con nuevas oportunidades de distinguirse.

Tan pronto desembarcamos, nosotros debíamos dirigirnos hacia el interior: nuestro 3er batallón se había estacionado en La Soledad, a ocho leguas aproximadamente de Veracruz; las otras dos con el coronel Jeanningros, habían continuado justo a la sierra del Chiquihuite, al pie de la cual se habían establecido, controlando así la ruta que lleva de Veracruz a Córdoba.

El Chiquihuite es por así decirlo la primera grada que separa las tierras calientes de la tierras templadas. Ustedes ya conocen ya por el mapa el aspecto particular del territorio mexicano; nosotros lo comparamos mucho exactamente a un plato al revés cubierto de una salsera igualmente invertida; los dos rebordes del plato y de la salsera figurativa, la una la zona de las tierras calientes, que comprende todo el litoral y que asienta a unas veinte leguas hacia el interior del país; la otra, la zona intermedia, mencionada de las tierras templadas; el espacio plano situado hacia la cima formarían la tercera zona, de las tierras frías o alta planicie. Así que la mayor parte de los nombres de lugares en México, Chiquihuite da un sentido preciso y que significa el lengua indígena una canasta o manequín como en la que llevan nuestros chiffoniers; por su forma en efecto, la montaña recuerda mucho uno de estas canastas invertidas.

Que eso dicho sea, desde nuestro arribo el coronel se hizo celoso de establecer a cierta altura, en las primeras pendientes de la sierra, un puesto de observación; para desde ahí nosotros dominar una parte de la planicie, y principalmente Paso del Macho, — el paso de la mula, desde el cual se escucharán nuestros avances. Una larga vista, escenario a la disposición de los soldados en el puesto, permitiendo a ellos escudriñar la campiña hacia lo lejos, entonces infestadas por la bandas de mexicanos, de avisar sin tardanza cualquier movimiento sospechoso.

Un mes había pasado ya entrante sin incidente grave, y precisamente yo estaba de guardia por la montaña con dos escuadrones de mis compañeros, comandados por un sargento, cuando el 29 de abril, hacia las once horas de la tarde, la orden nos llegó de reunirnos inmediatamente con nuestros camaradas en el campamento en la base.

Desde que nos hubimos reunido, nosotros tomamos el café, y a una hora de la mañana la compañía se puso en marcha.

Justo al mismo instante, un inmenso convoy militar se concentraba en La Soledad se preparaba a partir de este punto con destino a Puebla, a cuyo segundo sitio había comenzado hacía más de dos meses; nosotros estábamos a cargo de viajar a su encuentro y despejar todo el terreno en avanzada de ellos, entre el Chiquihuite y La Soledad.

Una bella compañía la nuestra, la 3ª del 1o, como se dice en el ejército, y que pasaba con buen derecho por una de las más sólidas de la Legión! Ella aquí tenía hombres de todo un poco como nacionalidades, — esto es la costumbre de los cuerpos, — los Polacos, los Alemanes, los Belgas, los Italianos, los Españoles, gente del norte y gente del sur; pero los Franceses eran aun la mayoría.

Como sus hombres, ya de diferente origen de costumbres y de lengua, se encontraban ellos participando los mismos peligros a tanta leguas de su país natal? Por tal requerimiento, por tal sed de aventuras, por tal serie de dificultades y de decepciones? Nosotros no nos cuestionábamos lo mismo; pero la vida en común, la vecindad del peligro, habían suavizado los caracteres, borrando las distancias, y nosotros habíamos buscado vanamente entre los elementos así disparatados un entendimiento y una cohesión más perfecta. Con ello, todos bravos, todos soldados veteranos, disciplinados, sinceramente devotos a nuestros jefes y a nuestra bandera.

Nosotros contábamos en las filas al partir 62 hombres de tropa, los suboficiales incluidos, más tres oficiales: el capitán Danjou, ayudante mayor, el subteniente Vilain y el subteniente Maudet, el porta bandera, que, si bien extranjero a la compañía, obtuvo de hacer partir al reconocimiento. Nuestro teniente, enfermo, estaba encamado en el campamento del Chiquihuite. Nosotros teníamos la vestimenta de verano: pequeño chaleco azul, pantalón de algodón, y, para nosotros guarecernos del sol, el enorme sombrero del país en paja de palma, rudo y fuerte, que nosotros habíamos obtenido de los almacenes militares.

Nuestras armas, como las de las otras tropas de los cuerpos expedicionarios, tenían la carabina brillante a barcia obligada, entonces en todo su prestigio, y el sable bayoneta. Dos mulas nos acompañaban, cargando las provisiones de boca.

Aproximadamente, después de una hora de marcha, llegamos a Paso del Macho, cerca del borde una gran barranca sinuosa. Al fondo de la cual fluye un torrente. Este puesto estaba ocupado por una compañía de granaderos bajo el capitán Saussier; una vieja torre en ruinas, dominaba la barranca, pudiendo servir a todos a veces de lugar de observación y de refugio. Nosotros no demoramos un instante; los oficiales intercambiaron algunas palabras, después se dieron la mano, y después hubieron de

franquear el torrente por un paso estrecho, al paso redoblado, nosotros continuamos nuestro camino.

Nosotros seguimos en dos filas compactas el entorno de la ruta; en eso hizo plena oscuridad otra vez, y el terreno, muy accidentado desde nuestra partida, cubierto de bosque y de matorrales altos, podían esconder cualquier emboscada. En ciertos puntos, los dos lados de la ruta, se extendían de grande claros por la espesura del llano para el hacha o el incendio, al paso de los convoyes.

Por cuanto a la ruta ella misma, jamás reparada, deteriorada por las lluvias torrenciales del invierno, por el desfile incesante de diligencias y de carros, ella estaba casi intransitable, y el nos daba este instinto que da la habilidad de la marcha en los países vírgenes para no circular todo a golpe en los agujeros profundos como los precipicios.

Al amanecer, nos aproximamos a la aldea de Camarón, en español langostino; que tiene este nombre bizarro de un pequeño arroyo que fluye a unas cuantas centenas de metros y que, lo decora, abundante en estos crustáceos de un tamaño y de un sabor sin paralelo.

Como prácticamente todas las aldeas de la región, ésta estaba completamente en ruinas por la guerra. Entonces ello sea necesario no se comprende la importancia del daño: un maltratado techo de paja fuerte inclinado que descende casi a tierra, sostenido más o menos por dos o tres postes mal acabados o algunas ramas de árbol, algunas veces una mano de lodo para tapar los agujeros, esto es la habitación de un indígena, y si peligrá de caerse sobre nuestra espalda darle vuelta, el poco costo para la reconstrucción. Las casas en verdad dignas de tal nombre y sólidamente construidas son totalmente la grande excepción.

Camarón se conecta entonces: está, por el lado derecho de la ruta, una vasta construcción cuadrada midiendo cerca de cincuenta metros en todas direcciones en el estilo de todas las haciendas o granjas del país. La fachada, con vista hacia el norte y bordeando la ruta, tenía un piso de elevación, acabado rústico y blanqueada a la cal, con el decorado de tejas rojas, hecha de piedras y adobes y de una altura media de 3 metros, Dos grandes puertas se abrían hacia el oeste proporcionando acceso al patio interior, llamado corral: esta es la que cada noche, en tiempos ordinarios, confina los carruajes y las mulas, por miedo a los ladrones, siempre muy numerosos y muy agresivos en estos parajes como en todo México.

Nosotros entramos. La casa estaba vacía: sin muebles, solitaria, unos cuantos viejos petates podridos, los restos de cuero tendidos en el suelo abandonados por los arrieros de paso. De cara al otro lado de la ruta, había aquí de nuevo dos o tres pobres construcciones a medio caerse y abandonadas, ellas también.

Para salir de la aldea, el grueso de la compañía se partió en dos secciones, una a la derecha y la otra a la izquierda, para batir el bosque; el capitán, con una escuadra de tiradores y las dos mulas, continuaron de seguir la ruta. El punto de reunión para todo el mundo en Palo Verde, lugar en donde los convoys ordinariamente de estacionan con motivo de una fuente que está cerca y que suministra una agua excelente.

De hecho, después un suficientemente prolongado viaje bajo el bosque, como nosotros no habíamos descubierto a nadie por huellas del enemigo, nosotros nos devolvimos para Palo Verde. En este lugar, el terreno, que se eleva ligeramente, está enteramente desprovisto en una sección de varias centenas de metros; pero el bosque recaptura casi más verde y más denso que nunca.

Nosotros marchamos ya después de más de seis horas; era el gran día, y el sol, disparando todo su fuego, nos prometía una jornada calurosa. Nosotros hicimos alto. Dos centinelas fueron colocados cerca del claro en previsión de una sorpresa, las mulas fueron descargadas, y el cabo Magnin partió a la fuente con una escuadra. Un gran galpón de tablones, cubierto de paja, estaba establecido bajo un grupo de árboles, al abrigo del sol. Mientras que una partida de hombres cortaban en el bosque, preparaban el café, los otros se preparaban para dormir.

No se había pasado una hora, el agua hirviendo en los marmitas, y nosotros aquí pusimos el café, cuando del lado de Camarón y por la misma ruta que nosotros venimos a dejar, dos o tres de nosotros señalamos acerca de una cosa anormal.

La polvareda ascendía hacia el cielo en gruesos remolinos. A esta distancia y bajo los cegadores rayos del sol, no estaba fácil de distinguir mejor. Por tanto nosotros no habíamos encontrado personas en el camino, y, si cualquier movimiento de tropas habían de producirse por nuestra retaguardia, nosotros de esta manera estaríamos advertidos; todo ello no nos presagiaba nada bueno.

El capitán estaba ocupado con su catalejo. — « A las armas! El enemigo! » gritó él a todos de golpe. Y en efecto, con el catalejo, nosotros los percibíamos muy bien, Se veían los jinetes; portando el sombrero nacional con alas anchas, ellos tenían, según la costumbre, dispuestos ellos con casaca por el frente de la silla y cabalgando en mangas de camisa.

Como nosotros los apreciamos muy tarde, ya que varios días previamente una columna de liberales, fuerte de cerca de 2000 hombres, tanto caballería como infantería, y al mano del coronel Milán, estaban acampados por los límites de La Joya, a cerca de dos leguas de nuestra línea de comunicación, siendo cuidadosos al paso del convoy. Una cosa les aguardaba atrayendo predominantemente: el anuncio de 3 millones en monedas, confinadas en las carretas, y que el tesoro se dirigía hacia Puebla para pagar la nómina de las tropas sitiadoras.

Gracias a su perfecto conocimiento del lugar y a la habilidad verdaderamente maravillosa que ellos desplegaron para cubrir las marchas, al campamento de Chiquihuite nosotros no sospechamos la misma presencia de una fuerza similar por este punto. Por el contrario, todo la compañía estaba repleta de los reconocedores. Así la compañía no había dejado Paso del Macho, que ya nuestra marcha estaba avisada, y 600 jinetes montados en silla para nuestra persecución. Ellos nos acompañaron toda la noche a cierta distancia y a nuestro desconocimiento. Nosotros teníamos contados nuestros hombres; nosotros les sabíamos no numerosos; temerosos ellos mismos que su posición no tenía esta ventaja, los mexicanos había resuelto a nosotros tomar para no perder posición del convoy.

Al primer grito de alarma, nosotros dimos un golpe de pie a las marmitas, nosotros rescatamos a gran prisa la escuadra de la fuente, nosotros recargamos las bestias, y en menos de cinco minutos, nosotros estábamos todos con las armas. Pendiente este tiempo, los mexicanos habían disparado. Evidentemente una emboscada se preparaba por nuestra retaguardia; lo mejor en tal caso de retornar por nuestro paso y de buscar a ver de más cerca al enemigo al cual teníamos ocupado.

Nosotros dejamos Palo Verde en columna, precedidos de una escuadra de tiradores; pero entonces, el sitio de seguir la ruta, bajo la orden del capitán de la compañía tomó por la derecha y se enlazó dentro del bosque. Nosotros aquí encontramos esta doble ventaja de disimular nuestros movimientos y de poder a la ocasión rechazar más fácilmente los ataques de la caballería liberal.

El bosque se extendía al infinito hacia la dirección de La joya. Al dintel de los arbustos y de los penachos de altas hierbas trepadoras, unidas las unas con las otras por largas lianas cayendo en guirnaldas, las magnolias, las palmas, los cauchos, los caobos, todos los arbustos raros, todas las escencias preciosas de esta naturaleza privilegiada. A veces el tupido bosque cambiaba el denso follaje que él tenía que abrir un camino con el tranchete del sable bayoneta. Que en el curso de cerrados senderos, conocidos por los indígenas.

Nosotros marchamos después de más de una hora sin haber realmente percibido al enemigo. Egresado de los primeros de la Escuela de Saint-Cyr, joven aún, estimado por los jefes, adorado por los soldados, el capitán Danjou era ése que nosotros apelamos como oficial con futuro. Gravemente herido en Crimea y siendo manco del brazo izquierdo, él se hizo hacer una mano articulada de la que él se servía con mucha destreza, lo mismo para montar a caballo. Hasta de su bravura, que quien le distinguía principalmente, tenía esta seguridad, esta prontitud de golpe de ojos que nosotros no encontrábamos jamás en descuido.

Ese día allí, él llevaba un mapa del país, muy completo, dibujado a mano por los oficiales del estado mayor francés, y que él consultaba frecuentemente. A cierta distancia, enfrente de nosotros, corre el río, profundamente hondo entre sus dos orillas a pico y guardado sin duda por un enemigo numeroso; se involucraba más poder parecer peligroso; él nos hizo dar media vuelta y tender de nuevo hacia Camarón.

Al mismo momento cuando nosotros desbloqueamos hacia la ruta, a 300 metros aproximadamente de la mancha de casas, un golpe de fuego partió de una ventana alcanzó a lesionar uno de nuestros camaradas en la cadera.

La compañía se lanzó a paso acelerado; a la entrada de la aldea, ella se partió en dos, volteando hacia los dos lados simultáneamente y se reencontró al otro extremo, sin que nada de nuevo hubiera confirmado la presencia del enemigo. Nosotros nos frenamos, las armas al pie, mientras que una escuadra investigaba cuidadosamente las casas. Al mismo tiempo, como hacía mucho calor y que la sed comenzaba a atormentarnos, los hombres con sus cantimploras descendieron por una pequeña barranca, situada aproximadamente por la derecha y donde descubrimos a veces el agua en las cavidades de las rocas. Para mala suerte, la temporada de calores había llegado ya, y nosotros teníamos que descansar por nuestra sed. En la aldea, nosotros hicimos

una buena búsqueda, el diestro fusilero no se encontraba más; sin duda que el centinela enemigo que estaba escapó a nuestra aproximación.

Nosotros entonces contuvimos la ruta de Chiquihuite. Nos fuimos de nuevo al tiempo divididos en dos secciones, una por cada flanco, el capitán con las mulas y una escuadra por el centro, más una escuadra a la retaguardia a 100 metros de distancia.

Apenas habíamos hecho algunos pasos, nos apercibimos todos de golpe, por un montículo a la derecha y a nuestra retaguardia, los jinetes mexicanos en masa, sable a la mano y listos a la carga. Ellos habían regresado sus casacas de cuero sobre sus espaldas, y nosotros los reconocimos muy bien; el disparo de su centinela les había llamado. A esta vista, el capitán Danjou, agrupó a las dos secciones y a la escuadra de retaguardia, nosotros hubimos formado el cuadrado para soportar mejor la carga; al centro de nosotros estaban las mulas; mas las dos malditas bestias, presionadas por todos lados y lamentando su antigua libertad de paso, saltaron, cocearon en sucesión e hicieron un infierno; forzados nosotros a abrir filas, y ellas partieron a galope tendido hacia el campo, donde ellas no fueron tardas para ser capturadas.

Los enemigos tenían sobre nosotros la ventaja del lugar, debido al terreno, plano y desprovisto de accesos de la ruta, favoreciendo las evoluciones de su caballería; a paso corto, ellos descendieron la pendiente, se separaron en dos columnas a fin de envolvernos, y, arribando a 60 metros, se combinaron hacia nosotros con grandes gritos.

El capitán había dicho de no tirar; así se nos dejaron venir sin pena, el dedo al gatillo; un instante más, y ellos en masa, como una avalancha, nos pasaron por el cuerpo; pero a una orden de fuego, una terrible descarga, derribó monturas y jinetes, puesto el desorden en sus filas y les detuvimos a todos limpiamente. Nosotros continuamos tirándoles a discreción. Ello retrocedieron.

Sin pérdida de tiempo, el capitán nos hizo pasar a un pequeño foso guarnecido de una fila de cactus espinosos, formando una cerca, que bordeaban la ruta por la izquierda y remontaba hasta Camarón. Otro que este obstáculo tenía que detener el entusiasmo de la segunda carga, nos esperaba llegar del bosque, de cuyo ellos veían el borde a 400 o 500 metros de ahí, y bajo su cubierta reganar Paso del Macho sin incidente, Todos los estaban por llegar.

Por mala suerte, una partida de mexicanos nos habían ya disparado desde el noreste de la hacienda; los otros habían intentado de franquear la hilera de cactus, pero sus caballos, para la mayoría, estaban ocultados. Una segunda descarga, nosotros nos formamos en cuadrado, y como los asaltantes eran muy numerosos, como ellos no cargaban más con el mismo conjunto, nosotros aguantamos este ataque nuevamente muy decididamente que el precedente. Ellos retrocedieron de nuevo.

Sin embargo nuestra situación se tornó crítica. Reunirnos en el bosque? Ello aquí no tenía que reflejarse más: la hacienda hacia lo contrario estaba poco distante; con sangre fría, de bienestar también, nos permitiría a nosotros refugiarnos aquí y tener atrás los muros, hasta el arribo probable de refuerzos.

El parte del capitán era prontamente tomado; a su orden, nosotros metimos la bayoneta al cañón del rifle, entonces a nuestra caminata, cabeza agachada, nosotros nos

agachamos de los grupos de jinetes delante de nosotros; pero ellos no nos esperaban y corriendo a paso apresurado como las liebres. Si los mexicanos habían evidenciado frecuentemente de cara a las balas con un valor incontestable, y por lo mismo un poco fanfarrón, ello aparentaba que todo el combate a la arma blanca era mucho menos de su gusto.

Del mismo vigor, nosotros pasamos la distancia que nos separaba de la granja y nosotros penetramos por el corral; después cada uno se ocupó de organizar la defensa. El enemigo no se veía más; aterrorizado de nuestra impetuosidad totalmente francesa, el se había refugiado del otro lado del edificio. Por falta de los portones después de mucho tiempo ausentes, nuestras barricadas tan bien que mal las dos entradas con los maderos, los tablones y cualquiera cosa que estuviera tumbada bajo la mano.

Nosotros teníamos contemplado de acceder a ocupar la casa toda entera, pero nosotros de esa manera no tuvieramos al paso del tiempo; de algún otro lado nosotros no éramos al paso en número. Previamente el enemigo, retornó en su avance, tiene invadidas las dos primeras recámaras del primer piso para nosotros comunicarnos con el piso superior, Una sola estaba libre, situada en el ángulo nor oeste y abierto al fuego desde el exterior y desde el patio. Nosotros nos apresuramos de tomar posesión.

En el interior del corral, y a la izquierda de la segunda entrada, se elevaban dos galpones de tablones, adosados al muro: el primero completamente cerrado y a no mucha distancia intacto; totalmente abierto, a penas protegido de un techo tembloroso y sostenido por dos o tres acabados de madera soportado por un pequeño muro de tabiques sin hornear de altura del soporte. De cara, a la esquina correspondiente, un galpón semejante había existido previamente, pero la estructura había desaparecido, y no quedaba mas que el soporte de los tabiques, a medio arruinado; al mismo punto se abría por el muro de empezar a usarse una brecha ya antigua, suficientemente grande para dejar pasar un hombre a caballo.

Por los cuidados del capitán Danjou, una escuadra estaba colocada a cada lado de las dos entradas; dos otros ocuparon las recámaras con la misión de vigilar las aberturas de la construcción que dominaban hacia el camino; otra estaba encargada de guardar la abertura. Por un momento nosotros deseamos demoler el muro que daba cara hacia las puertas de entrada; pero estaba de tal manera grueso, si bien construido de paja, de arena y de grava, que nosotros no pudimos perforar más que dos agujeros, con gran trabajo; nadie vivía. En fin el sargento Morzicki, un polaco, había sido enviado a los techos con algunos hombres para observar los movimientos del enemigo. El resto de la compañía tomó lugar en reserva entre las dos puertas, tenía los ojos a la vez hacia las cuatro esquinas del patio y listo a ser portador de todo el peligro procedente también urgente.

Estas disposiciones tomadas, nos aguardaba un ataque fiero; el podría darse en cualquier momento nueve horas y media.

II

Mientras ellos tiraban de una parte y otra, intercambiando algunos golpes de fuego, pero sin que el enemigo ocasionalmente participara para involucrarse a fondo. Al

contrario, ellos parecían dudar a comenzar el ataque, y nosotros no dabamos paso distante de creer que ellos se retirarían. Nosotros pronto estaríamos desengañándonos.

Morzicki venía de estar reconociendo mientras que él se adelantaba por los techos, por arriba de las recámaras ocupadas por el enemigo. Un oficial mexicano, con pañuelo blanco en la mano, el mismo se aproximaba justo al pie del muro exterior y, hablando en buen francés, a nombre del coronel Milán nos convocó de que nos rindiéramos: « Nosotros tenemos tropa muy numerosa, decía: nosotros vamos a masacrarlos inútilmente; mejor vale rendirse a nuestra suerte y entregar las armas; nosotros les prometemos salvar la vida.»

El parlamentario era un joven hombre de veintidos a veintitres años; hijo de un francés, de nombre Laisné, establecido de hacía mucho tiempo como capitán de puerto en Veracruz, el había pasado por la escuela militar de Chapultepec, cerca de México. Yo tuve la ocasión de conocerlo muy tarde, como todos mis camaradas, yo no tuve jamás que a mi halago de su benevolencia y de su humanidad. Por el momento, el tenía el grado de capitán y llenaba las funciones de oficial de ordenanza cercano al coronel Milán.

Morzicki había descendido para informarnos de las proposiciones del enemigo; el capitán le ordenó de responder simplemente que nosotros tenemos municiones, que nosotros no nos rendiremos.

Entonces el fuego estalló de todos lados al mismo tiempo; nosotros estábamos apenas en una contradicción, y, si el ataque estaba al tiempo de una ruidosa ejecución, yo no se como nosotros podíamos resistir. Afortunadamente nosotros no teníamos asunto con los jinetes; forzados de poner pie a tierra, perplejos por sus largos pantalones de montar, poco habituados en otra parte a este tipo de combate, ellos venían, separadamente o por pequeños grupos, se exponían a nuestras balas cilíndricas que no les ahorran ubicación; nosotros sabíamos disparar.

A decir verdad, ellos no estaban hechos para sufrir, por que nosotros nos encontrabamos muy imperfectamente protegidos, y ya varios de nosotros estábamos caídos, muertos o heridos. En la recámara principalmente la lucha estaba terrible: los mexicanos intentaron la invasión desde el exterior, al mismo tiempo, tal que ocupar las recámaras vecinas se estaban colocando a perforar aspilleras en el muro y en los techos; los defensores, así presionados, comenzaron a debilitarse.

Calmado, intrépido en medio del tumulto, el capitán Danjou aparentaba el multiplicarse, Yo le encuentro nuevamente constantemente con su bella cabeza inteligente que la energía lo disponía si bien para la bonhomía: el se movía de un puesto al otro, sin problema de las balas que se cruzaban por el patio, alentando a los hombres con su ejemplo, nos llamaba por nuestros nombres, diciendo a cada de sus nobles palabras que calentaban el corazón y llevaban el sacrificio de la vida menos penosa, a un momento de peligro. Con estos jefes, yo no sé nada de imposibles.

Después de once horas, él venía de visitar el puesto de la recámara y el mismo había reconocido que nosotros no podríamos sostenernos por más tiempo, cuando, reganada la retaguardia, él estuvo al alcance de una bala en pleno pecho; él cayó poniendo su mano en la herida. Unos de nosotros corrimos para levantarlo, pero el

golpe había sido mortal; la sangre brotaba a chorros de su pecho y corría por el suelo. El subteniente Vilain le colocó una piedra bajo la cabeza; después de cinco minutos nuevamente sus ojos demacrados giraban en sus órbitas, el dio dos o tres sobresaltos convulsivos, después su cuerpo se endureció, expiró sin haber recuperado el conocimiento.

Aproximadamente antes del tiempo de caer, él nos había hecho prometer que nosotros nos defenderíamos todos hasta el final extremo: nosotros habíamos jurado.

Simultáneamente, la recámara se había evacuado, los Mexicanos, a golpes de estaca, estaban por llegar a forzar una puerta interior que unía esta pieza con otras del piso inferior y desde la cual nuestros hombres fusileros al fin sostenían; éstos estaban obligando a la retirada a ellos, más de catorce de ellos estaban por comenzar, ellos no permanecieron más de cinco que fueron a reforzar los diversos puestos del patio.

El subteniente Vilain tomó el mando que, como titular, le correspondía de derecho; pequeño, delgado, los cabellos rubios rizados, casi un infante, el salía de los suboficiales y no tenía más que seis meses con el grado; un bravo corazón del resto, y no contrariarse delante del peligro.

La defensa continuaba. Los Mexicanos estaban controlando la casa totalmente, pero ellos no disfrutarían mucho tiempo de su ventaja. Emboscados en el patio, nosotros dirigimos contra todas las aberturas un fuego intenso y tan preciso que ellos dejan la plaza a su vez, primero el primer piso, después el piso inferior. De al tiempo de ellos no repararon para romper y en pequeño número; pero apenas una cabeza, un brazo, un extremo de uniforme emergía en el borde de una puerta o de una ventana, que una bala bien dirigida castigaba esta imprudencia.

Hacia el medio día, nosotros escuchamos a distancia el sonar de un clarín. Nosotros no teníamos entonces de nuevo perdida toda esperanza y nosotros podríamos creer por un momento por un momento que los Franceses venían a nuestro rescate; ya mismo, temblorosos de júbilo, nosotros nos apresuramos a cruzar el corral para correr delante de nuestro camaradas; de pronto el batir de los tambores, estos pequeños tambores bajos de los Mexicanos, de rular ronco y parejo como el tambor de los Vascos, representando un tipo de marcha brincadora, todo diferente de nuestros aires franceses y a la que no podríamos no comprender.

Era la infantería del coronel Milán que se anunciaba: habiendo dejado en la mañana el campamento de La Joya, advertido muy tarde del combate comprometido en Camarón, el venía a sumar el peso de sus armas en una lucha ya muy desigual.

Morzicki nos había reunido y combatía con nosotros en el patio; ágil como un jaguar se ayudaba para trepar las pequeñas asperezas de la muralla, él iba recapturando por los techos su peligroso puesto de observación. El observó, una multitud delante de la hacienda, toda ella de infantería.

Nosotros aquí contamos no más de tres batallones fuertes de 400 hombres en promedio y llevaban cada uno el nombre del distrito del que ellos habían sido reclutados: Veracruz, Córdoba, Xalapa.

Llegó como un ejército improvisado, — y era el caso de los Mexicanos, — el arreglo de vestimenta y del equipamiento dejaba mucho que desear ; por tanto, bajo este desorden, nosotros sentíamos abrir una preocupación meritoria de buen hábito y de regularidad. Los hombres del batallón de Veracruz tenían todos, o casi todos, el pantalón largo y la casaca de algodón gris con orillas azules, por tocado el gran sombrero de paja; Córdoba no difería más que por el color del algodón que era azul; Xalapa, el mejor vestido de los tres, tenía igualmente el pantalón de algodón gris, la casaca azul abierta al frente, y en lugar del sombrero mexicano el kepís, con el indispensable cubre nuca tumbado sobre las espaldas. El más grande número calzaban las botas en cuero dorado atadas por el empeine; los otros habían conservado sus sandalias o güaraches, con suela de cuerdas, muy similares a las alpargatas españolas.

Los jefes estaban vestidos a poco semejantes de la misma manera, salvo la calidad más fina del material: pantalón con cenefa azul o roja, túnica de campaña con pequeñas colas, ornamento de botones de oro por delante, con la guarda en cada hombro. Todos los oficiales superiores portaban las botas suaves y el revólver a la cintura.

Por cuanto a la caballería, ella se componía principalmente de irregulares, — guerrilleros, — en los accesorios los más comunes al jinete mexicano y que todo el mundo conoce: con piernas, de pantalones de piel ajustados, abiertos de abajo hacia arriba, se ampliaban hacia el pie y guarnecidos a lo largo de la costura de una triple fila de botones metálicos, rodeando las riendas la cintura de lana roja, el chaleco y la casaca de cuero, ornamentado profusamente de galones y recamado de plata, en la cabeza el sombrero de fieltro gris con amplias alas horizontales que rodean a la toquilla, grandes galones de plata o de oro; después de espuelas desmesuradas, de enormes estribos de madera, en forma de zuecos cuadrados, recubiertos de metal, la pesada silla a perilla; toda ella hacía un curioso contraste con la talla de sus caballos, poco altos en la mayor parte, pero de un vigor notable y maravillosamente entrenados.

Un escuadrón solo portaba el uniforme militar: túnica de lana azul con pequeñas colas, pantalón azul terminado por abajo de cuero, corretaje blanco; quepís y cubre nuca: eran los dragones. Del resto, todas sus tropas estaban superiormente armadas, con las armas perfeccionadas de procedencia americana; los jinetes, el sable, el revólver y el mosquetón: bueno el nombre de guerrilleros tenían así la lanza; la infantería, la carabina a rayas y el sable bayoneta. En verdad, ellos nada más carecían del cañón.

Nosotros nos miramos sin decir palabra; desde ese momento comprendimos nosotros que todo estaba perdido que no nos quedaba más que a bien morir. Para colmo de mala suerte, el viento no llevaba hacia la dirección de Paso del Macho, desde donde el capitán Saussier y sus granaderos, escucharían los disparos, no tenían posibilidad de acudir a nuestra ayuda.

Sin embargo Morzicki tuvo que ver de nuevo, y por segunda vez el jefe de los Mexicanos nos hizo un llamado para rendirnos. El sargento estaba otra vez hirviendo de luchar; intoxicado de pólvora y de cólera, el respondía en verdad como soldado, por una palabra poco parlamentaria, pero que el menos no dejaba más en duda de nuestra intenciones, después el se apresuró de bajar y traducir su respuesta al subteniente Vilain, que decía solamente: « Ustedes saben bien que nosotros no nos rendiremos jamás ».

Al mismo tiempo el asalto comenzó. El primer impulso fue terrible; ellos se echaron de todo lados para poder penetrar al patio, gritando, aullando, vomitando contra nosotros las imprecaciones y las injurias con esa abundancia que ello es propio en semejante caso y que facilitaba de nuevo la sin fin riqueza del vocabulario español: « Fuera los perros de Francia! Abajo la canallada! Abajo la Francia! Muerte a Napoleón! ». Yo no puedo repetir todo.

Para nosotros, calma, silencio, cada uno a su puesto, nosotros ajustados fríamente, no tirando más que a golpe certero y cuando nosotros teníamos bien nuestro hombre a la punta de fusil: los más avanzados caían; el flujo de asaltantes oscilaba inicialmente, después retrocedían temblorosos, pero para regresar a la carga inmediatamente después. Apenas nosotros teníamos el tiempo de deslizar un cartucho nuevo al cañon, ellos estaban ya sobre nosotros. Sus oficiales principalmente eran magníficos de audacia y de bravura.

Entrando en fuerza en el cuerpo de permanecer, los unos se ocupaban de abrir con los picos y las pizas por el muro de la planta baja una larga brecha por el patio. Al mismo tiempo, de otros se estaban estableciendo detrás la parte del muro de cortar que preparar al frente de las puertas grandes; de allí, colocar a ventaja las aberturas que nosotros habíamos perforado nosotros mismos y que nosotros no habíamos podido defender, en penetrar de nuevo, como el grado del sol exterior estaba más elevado que el del patio, ellos se dirigian a nosotros un fuego desde arriba; de este lado de nuevo alcanzaron ellos, sin embargo no sin pena, a abrir una brecha de más de 3 metros.

Entonces nosotros tuvimos que cambiar nuestra disposición. El puesto de reserva que yo hice dejar y que sostenía a la mitad entre las dos entradas se encontraba tomado a descubierto; nosotros nos reunimos con los defensores de la puerta de la derecha que no estaba mas atacada, todos reunidos nos hicimos retroceder al ángulo sur oeste del patio, bajo el galpón abierto, de donde nosotros continuamos tirando.

Después de dos hora y media, el subteniente Vilain regresaba de visitar el puesto de la brecha y atravesaba el patio en diagonal en la dirección de las grandes puertas, cuando una bala que partió del edificio le alcanzó en plena frente. El cayó como estallado.

En este momento, ello hizo que bien le diré, un sentimiento de horrible tristeza nos penetró justo al fondo del alma. El calor estaba abrumador; el sol en su cénit caía a plomo sobre nuestras cabezas, un sol devorador, implacable, solo como el que brilla en el trópico; bajo sus rayos a pica, los muros del patio aparentaban estar todos blancos y la reflexión nos quemaba los ojos; cuando nosotros abríamos la boca para respirar, nos parecía tragar fuego; en el aire, pesado como plomo, corría ese rictus de dolor, sus ondulaciones que nosotros observamos pasar por la planicies desértica en las tardes del verano; el polvo que solo las bala perdidas que impactaban el suelo del patio tenían apenas a dejar la tierra y lentamente elevarse en pesadas espirales; sobreacalorados todos al tiempo por los rayos de sol y la rapidez de nuestro tirar, el cañon de nuestros fusiles daban en nuestras manos la impresión de fierro al rojo. Si tan intenso estaba el ardor de la atmósfera en este reducto transformado en hornaza que los cuerpos de los hombres todos se descomponían a la vista de los ojos; en menos de un hora, la carne de los heridos se cubrían de tintes lívidos.

Desbarajuste con los muertos, porqué no había aquí ningún medio de rescatarlos, los heridos Yacían en la plaza misma o ellos estaban tumbados, pero mientras que nosotros oíamos afuera aquellos de los Mexicanos gemir y gritar de dolor, alternativamente invocando a la virgen o maldiciendo a Dios y a los santos, los nuestros, por un supremo esfuerzo, en desilusión de su sufrimiento, permanecieron silenciosos. Ellos tenían miedo, los pobres jóvenes, de denunciar así nuestra pérdida y de dar confianza al enemigo.

Nosotros no teníamos nada de comer ni de beber desde de la víspera; las provisiones estaban en el camino con las mulas; nuestros bidones estaban vacíos, pero, en llegar de Palo Verde, nosotros los teníamos vacíos en los juegos de avío que el tenía que invertir después, y, en nuestra precipitada retirada, nosotros no habíamos tenido el tiempo de llenarlos de nuevo; en fin, en la barranca, nosotros no habíamos encontrado agua. Sólo, a nuestra partida, el ordenanza del capitán llevaba de reserva en su mochila una botella de vino el mismo M. Danjou, al momento de organizar la resistencia, había distribuido entre los hombres. Apenas el tenía unas pocas gotas por cabeza, que el nos vertió y que nosotros bebimos en la palma de la mano.

Así la sed nos abrazaba a la garganta y agregaba de nuevo a los horrores de nuestra situación; una espuma blanca nos subía de las comisuras de la boca y se coagulaba; nuestros labios estaban secos como el cuero, nuestra lengua hinchada dolía al agitarse; un aliento jadeante, continuo, nos sacudía el pecho; nuestras sienas pulsaban a romperse, y nuestra pobre cabeza se desorientaba; de que tales sufrimientos eran intolerables, Eso solo podía yo mismo comprender que tener vida bajo este clima malsano y que conocer por experiencia el precio de un vaso, de una gota de agua.

Tener a la vista los heridos de jalar pecho a tierra, y, para apaciguar la fiebre que les devoraba, la cabeza por delante, lamer los mares de sangre ya coagulada que cubría el sol. Yo tenía que ver por otros, locos de dolor, se inclinaban sobre sus heridas y aspirar ávidamente la sangre que salía a borbotones de los cuerpos agonizantes. Más fuerte que todas la repugnancias, que todos los disgustos, la sed era la que nos apresaba.... Y después nosotros habíamos jurado..... El deber....

En verdad, esto no era con dificultad el tiempo de nosotros conmisernarnos hacia nosotros mismos o por los sufrimientos de nuestros camaradas. El había que tener los ojos volteados hacia todos los puntos a la vez: a la derecha, a la izquierda, hacia delante, hacia las ventanas del edificio, hacia las brechas del patio, pero a todos lados nosotros observamos brillar los cañones de los fusiles, y de todos lados venía la muerte. Las balas, más tupidas que el granizo, se abatían hacia el galpón, rebotando contra las paredes, haciendo volar alrededor de nosotros los fragmentos de piedras y las astillas de madera. Ocasionalmente uno de nosotros caía, entonces el vecino se doblaba para buscar en sus bolsas y tomar los cartuchos que él había dejado.

De esperar, él no permanecía más; persona sin embargo no hablar de su rendición. El porta bandera Maudet, un valiente él también, había reemplazado a Vilain; un fusil a la mano, el combatió con nosotros bajo el galpón, pero ya el progreso del enemigo no permitía más de atravesar el patio y de comunicar las órdenes a los diferentes puestos. El hizo, el no pasó de aquí; la consigna estaba bien conocida por todos: sostenerse hasta el fin, hasta la muerte.

Los Mexicanos comenzaban a ellos mismos a aburrirse; pero otra vez, por miedo a la derrota nuestra resistencia, ellos imaginaron de recurrir a una maniobra de guerra fuerte en honor entre ellos: apilaron la paja y la madera en la parte noreste del edificio y le prendieron fuego; el incendio devoró el acceso de un galpón exterior que hacía frente a Veracruz y que de allí alcanzó rápidamente los techos.

El viento soplaba de norte a sur y bajaba hacia nosotros un denso humo negro que no tardó mucho a invadir el patio; nosotros estábamos literalmente cegados, y este olor acre de la paja ardiendo, nos tomaba en la garganta, traía más ardiente de nuevo la horrible sed que nos retorció las entrañas.

En fin, al cabo de una hora y media, el incendio se extinguió por si mismo, faltos de alimentos; por tanto este incidente nos había sido funesto: al favor del humo que nos bloqueaba sus movimientos, los Mexicanos tenían la posibilidad de avanzar más y nosotros tirar más certeramente. Los puestos de brecha y de la puerta de la izquierda habían perdido la muy gran parte de sus defensores.

Después de cinco horas, se tiene un momento de reposo; los asaltantes se retiraban los unos después los otros como por obedecer a una orden recibida, y nosotros podíamos retomar la respiración. Todos bien contados, nosotros no éramos más que una docena.

Al exterior, el coronel Milán tenía reunidas sus tropas rodeándolo y los arengaba; su voz sonora llegaba hasta nosotros, pero todo otro ruido había cesado, y a medida que él hablaba, bajo el galpón, un veterano soldado de la compañía, Bartholotto, de origen español, giraba rígido al costado de mi algunos instantes muy tarde, nos traducía palabra por palabra.

En este lenguaje cálido y colorido que hacen el fondo de la elocuencia española, Milán exhortaba a sus hombres a dar fin con nosotros; él les decía que nosotros no éramos más que un puñado, muriendo de sed y de fatiga, que él tenía que apresarnos vivos, que si ellos nos dejaban escapar, la vergüenza sería para ellos indeleble; él les juramentaba a nombre de la gloria y de la independencia de México, y les prometía bien alto el reconocimiento del gobierno liberal. Cuando él había terminado, un inmenso clamor se elevó y nosotros supimos que el enemigo estaba listo para un nuevo ataque. Sin embargo, antes de atacar, Milán nos hizo dirigir un tercer ultimátum; y nosotros respondimos lo mismo.

III

El asalto se reanudó más terrible que nunca; el enemigo se precipitaba por todas las aberturas a la vez. En la puerta grande, el cabo Berg solo permanecía de pie; él estaba rodeado, aferrado por los brazos, por el cuello, desprendido: la entrada estaba libre, y los mexicanos aquí arrojándose en manada. Nosotros sin embargo, desde nuestra esquina, nos enfilamos al muro a lo largo; todos tales que se mostraban en esa dirección hacían inmediatamente media vuelta; en menos de diez minutos, ello tenía más de veinte cadáveres en pila que obstruían el paso y detenían el arranque de correr de nuevo.

Por mala suerte, al mismo tiempo, la entrada de la antigua brecha estaba forzada; cuatro hombres y defendían de nuevo: Kuwasseg, Gorski, Pinzinger y Magnin; pero

mientras que los rechazaban a los asaltantes de afuera, franqueando puertas y ventanas, los Mexicanos por detrás invadían el patio: nuestros camaradas estaban obligados de hacer cara a este ataque imprevisto que les tomaba de atrás; en vano ellos querían resistir a la arma blanca, ellos estaban a su vez desarmados y capturados.

Bajo el galpón, nosotros teníamos siempre; el pecho jadeante, los dedos crispados, sin respiro cargar nuestra carabina, entonces el arma de un gesto inconsciente y febril, nos reservamos de toda nuestra atención para apuntar. Cada uno de nosotros golpeaba haciendo un agujero en sus filas, por uno muerto, diez se presentaban.

La puerta anteriormente defendida por Berg, la entrada abierta en el muro del complejo, las ventanas y la puerta de la hacienda vomitaban a torrentes los asaltantes, y se arrastraban con las rodillas, disimulados atrás el pequeño muro del galpón destruido que en este punto avanzaban en el patio, de otros adversarios nos llegaban continuamente por la antigua brecha.

Hacía un gran día de nuevo; en el cielo de un azul crudo, sin nubes, brillando el sol así ardiente, así implacable que en pleno mediodía, y sus rayos a penas inclinados, como sabuesos sobre nosotros, buscando todos los rincones del patio, varios de los heridos, golpeados por la insolación y presos de delirio, no podían más retener su compasión y demandaban beber de una voz agonizante; las manos contraídas, los ojos inyectados y protuberantes, los desdichados se retorcían en la angustia final de la agonía y de su cabeza desnuda derrotada por el sol abrasador.

Desde la mañana, yo no tenía algo que perder, por un solo momento, ni de mi sangre fría, ni de mi presencia de espíritu, todo de golpe yo pensé que yo iría a morir.

Frecuentemente yo tenía entendido que, en un peligro extremo, el hombre vuelve a ver pasar en un instante, por los ojos del espíritu, todos los actos de su vida entera. Por mi parte, y bien que tenido hecha la guerra, yo me hubiera descubierto a veces en la circunstancias muy difíciles, jamás yo no tuve de ningún modo observar al semejante. Esta fe, el tenía que en este de otra manera. Este era como uno de esos destellos luminosos que en las cálidas noches de los trópicos, precursora al amanecer, rasgan súbitamente la noche, y, corren de un polo al otro, iluminando por una extensión inmensa las montañas y las planicies, los bosques, las villas y las aldeas; pendiente de la duración de unos cuantos segundos apenas, cada detalle del paisaje aparecía distinto en su lugar, después la noche renueva todo. Así mi paso me pareció súbitamente. Yo reviví mi bello y verde país de Périgord, y Mussidan en donde yo había nacido. Si gentilmente ubicado entre esos dos ríos, todo fragante del olor de los jardines, y los pequeños camaradas con los que yo jugué de niño.

Yo me reviví a mi mismo joven soldado, enrolado con los zuavos, pronto a partir a la Crimea, herido en las trincheras, tomando parte como uno de los primeros al asalto de Petit-Redan, condecorado! Yo me reviví muy tarde en África, entre los cazadores a pie y haciendo *hablar la pólvora* con los árabes; después en final lugar declinar mis galones de suboficial para haber partido en la nueva expedición y visitar esta tierra de México a donde yo viajé dejando mis huesos.

En efecto, el desenlace para nosotros no estaba más dudoso. Acorralados en nuestra esquina como los jabalíes en su zahurda, nosotros estábamos prestos para el

golpe de gracia. De momento en momento uno de nosotros cayó, Bartholotto de inmediato, después Léonard.

Yo me encontré entre el sargento Morzicki, colocado a mi izquierda, y el subteniente Maudet a mi derecha. De golpe Morzicki recibió en la frente una bala salida del rincón de la brecha; su cuerpo se inclinó y su cabeza inerte se vino a apoyar sobre mi hombro. Yo me volví y le vi cara a cara, con la boca y los grandes ojos abiertos:

- Morzicki está muerto, le dije al lugarteniente.
- Bah! dijo fríamente, uno más; pronto será nuestro turno, y continuó disparando.

Yo aferré físicamente el cadáver de Morzicki, yo lo adosé a la muralla y revisé ansiosamente sus bolsillos para ver si el le quedaban todavía los cartuchos; el de ellos tenía dos, yo los tomé.

Nosotros no quedábamos más de cinco: el subteniente Maudet, un Prusiano llamado Wensel, Catau, Constantin, todos ellos fusileros, y yo. Portanto nosotros teníamos siempre al enemigo en repesto; pero nuestra resistencia tiraba a su fin, los cartuchos se iban agotando. Unos pocos tiros más, ello no nos quedaban más de uno por cabeza; ello eran como seis horas, y nosotros combatíamos después de la mañana. — armen vuestros fusiles, dijo el teniente: vosotros hacen fuego a mi orden; depues vosotros cargan a la bayoneta, vosotros me siguen.

Todo se pasó como el había dicho.

Los Mexicanos avanzaban, nosotros no podíamos tirar más; el patio estaba lleno. Ello quedó entonces en un gran silencio alrededor de nosotros; el momento era solemne: los heridos mismos estaban callados; en nuestro reducto, nosotros no nos movíamos más, nosotros aguardábamos.

- Apunten! Fuego! Dijo el teniente; nosotros dejamos ir nuestros cinco tiros de fusil, y, él a la cabeza, nosotro brincamos hacia delante, bayoneta calada.

Una formidable descarga nos saludó, el aire tembló bajo este huracán, de hierro, y yo creí que la tierra se iba a abrir.

En este momento, el fusilero Cattau se encontraba lanzado delante de nuestro oficial y el estaba ocupado tomado en sus brazos para él hacer un muro con su cuerpo, el cayó alcanzado por diez y nueve balas.

A pesar de su lealtad, el teniente había sido igualmente alcanzado por dos balas: una a su lado derecho la otra que le despedazó la pierna derecha.

Wensel estaba tirado, el así, lo alto del hombro atravesado, pero sin que los huesos hubieran sido tocados; el se incorporó de inmediato.

Nosotros éramos tres de pie todavía: Wensel, Constantin y yo.

Un momento no permite a la vista del teniente voltearse, nosotros nos alistamos sin embargo a saltar por encima de su cuerpo y cargar de nuevo; pero los Mexicanos ya nos rodeaban de todas partes y la punta de sus bayonetas tocaban nuestros pechos.

Esto había terminado para nosotros, cuando un hombre de alta talla, con rasgos distinguidos, que se encontraba en primer rango entre los asaltantes, reconocible por su quepí y por su pequeña túnica galonada para un oficial superior, ordena él de detenerse y de un movimiento brusco de su sable hace levantar las bayonetas que nos amenazaban.: Rendios! Nos dijo.

Nosotros nos rendimos, respondí yo, si ustedes nos dejan nuestras armas y nuestra fornitura, y si ustedes se comprometen a dejar levantar y asistir a nuestro teniente que aquí está herido.

El oficial consintió a todo, después, como sus primeras palabras habían sido en español: — Hábleme en francés, me dijo él, ello es mejor; sin que mis hombres vayan tomar a vos por un español, ellos querrían a usted asesinar, y quizás no sea posible que me obedezcan...

Nosotros reconocimos bien este odio imperdorable que guardan los Mexicanos, y con ellos todas las colonias de la América española, contra la madre patria justo que vuelve de tantas injusticias y de crueldades cometidas después de tres siglos en estas bellas regiones por los sucesores de Pizarro y de Hernán Cortés.

No obstante el oficial habló a uno de sus hombres; el regresó y me dijo: — venga conmigo. — Làdessus él me ofrece el brazo, dando el otro a Wensel herido, y se dirige hacia la casa; Constantin nos sigue de cerca.

Yo hundí los ojos hacia nuestro oficial que nos enlazaba de atrás.

— Esté sin ansiedad, me dijo él, ya dí orden para nosotros tomemos cuidado de él; nosotros iremos a bucar una camilla. Vosotros mismos, cuenten con nosotros, a él no se le hará ningún mal. »

Para decir verdad, yo atenderé a este fusilero, pero ello me es indiferente; yo le digo a él.

— No, no, repite él vivamente, yo estoy para defenderlo.

Al momento mismo que, saliendo del cuerpo de logística, nosotros emergimos hacia el camino, siempre a su brazo, un jinete irregular bajó hacia nosotros y con de gran grito y cobárdemente con las dos manos sobre Wensel! Y sobre mi dos golpes de pistola; sin decir palabra, el oficial tomó su revolver de la cintura, apuntó fríamente y partió la cabeza del miserable, que rodó de la silla hacia el camino; después nosotros continuamos nuestro camino sin nosotros ocuparnos otra vez de ello.

El coronel Cambas había sido criado en Francia y hablaba nuestra lengua admirablemente; militar de ocasión, como muchos de los que nos combatían y que el amor a la libertad levantaba armas contra nosotros, él aparentemente, lo mismo que Milán, pertenecía a esta clase de licenciados que comprende a ellos casi todos los

hombres más instruidos y más influyentes del país. Personas excelentes, el uno y el otro, y que hacen honor mismo a una u otra arma, para sus soldados, yo no creo calumniarlos mucho diciendo que los tres no apuntaban a los bandidos.

Nosotros habíamos llegado a un pequeño pliegue del terreno, a poca distancia de la hacienda, donde se mantenía el coronel Milán y su estado mayor.

— « Son estos todos los que quedan? » preguntó al vernos. — Nosotros respondimos que sí, y, sin poder contener su sorpresa: « Pero no son hombres, el exclamó, son demonios.» Después se dirige a nosotros en francés: — « Señores sin duda ustedes tienen sed. Ya envié a buscarles agua. Descansen, no teman nada; nosotros hemos desde luego tenemos varios de sus compañeros que ustedes han de ver pronto de nuevo; nosotros somos de gentes civilizadas, nos dijo, y nosotros sabemos las consideraciones que se deben a los prisioneros tales como ustedes.»

A nosotros nos dan agua y tortillas, tipo de crepas de maíz que el pueblo pobre de México se come como pan y de que nosotros nos hicimos de lado con avidez.

Al momento llegó el teniente Maudet, acostado en una camilla rodeado de una numerosa escolta de jinetes; otros heridos venían después de él.

La noche había llegado todo de golpe; en los trópicos, el crepúsculo no existe puntual no más que la aurora, y el día se extingue como la noche, casi sin transición. En compañía de nuestros victoriosos, nos hicimos camino hacia su campamento de La Joya, a donde llegamos muy tarde; él y predominando una grande emoción, y los heridos atiborrados todos. Ahí, mismo las palabras del coronel Cambas, nuestras armas, que nosotros habíamos dejado inicialmente, nos estaban quitadas; el tener que esperar; nosotros nos reunimos entonces con nuestros camaradas hechos prisioneros antes que nosotros. Agotados por la fatiga y por el sufrimiento, negros de pólvora, de polvo y de sudor, los rasgos deshechos, los ojos sangrantes, nosotros no teníamos más la figura humana. Nuestras vestimentas, nuestros sombreros estaban acribillados, perforados al día; los míos por su parte habían recibido más de cuarenta balas, pero por un privilegio inaudito, durante esta larga lucha, yo no había sido tocado.

Como tal estábamos nosotros dejando sanos y salvos? Nosotros no lo comprendemos por nosotros mismos, y los Mexicanos en ventaja; solamente al día siguiente yo me toqué los miembros, dudando nuevamente si estaba yo bien, y si yo estaba vivo.

IV

Tal es este glorioso hecho de armas donde 65 hombres del ejército francés, sin agua, sin víveres, sin refugio, en un patio abierto, bajo los ardores de un sol letal, deteniendo la derrota pendientes más de diez horas con cerca de 2000 enemigos.

Gracias a su dedicación, el convoy se salvó, Lentamente el convoy remontando hacia la dirección de Córdoba y no estando a más que dos leguas de Camarón, que un indio, que de lejos había observado las operaciones militares de la jornada, vino a anunciar que un destacamento francés había cubierto en la hacienda que los mexicanos

eran numerosos y que ellos bloqueaban el camino, El entonces estaba a cinco horas aproximadamente, y la 3ª compañía estaba casi aniquilada.

Además las piezas gruesas de artillería del sitio, los carros del tesoro, los extendidos y los vehículos de la intendencia militar, cargados de materiales y municiones, el convoy traía en su séquito un contingente de carretas de mercancías y cerca de 2000 mulas con las provisiones de los cocineros civiles; ello era un desfile interminable, que hacia lento de nuevo el mal estado del camino. En estas condiciones, sorpresa total debía ser fatalmente desastroza; el capitán Cabossel, de los cazadores, encargado de la conducción del convoy, no tenía con ellos que dos compañías del regimiento extranjero y posición de caballería; el hizo hacer alto inmediatamente y despachar un mensajero a La Soledad para requerir de nuevas instrucciones; el recibió la orden de regresar sobre sus pasos.

A la misma hora el coronel Jeanningros, igualmente prevenido por un indio, hizo pedir refuerzos a Córdoba. Nosotros le expeditamos dos batallones de infantería de marina; él dejó uno en Chiquihuite para mantener la posición; él mismo, con la legión extranjera y el otro batallón, se llevó en avanzada a la media noche, y recogió de paso los granaderos del capitán Saussier, que tenían la vanguardia.

Al amanecer, la columna estaba a la vista de Camarón, pero ya el anuncio de su llegada tenía colocados en escapar a los Mexicanos que se ocupaban de sepultar a los muertos, y Milán levantó a toda prisa su campamento de La Joya.

Nosotros encontramos, a 170 metros aproximadamente de la villa, inconsciente al pie de un arbusto y gravemente herido, al tambor de la valiente compañía. Tomado por muerto por los Mexicanos que la víspera en la noche habían visitado el campo de batalla y arrojado entre los cadáveres de sus camaradas, el frío de la noche lo había despertado; el se había liberado paso a paso y se había arrastrado derecho adelante ellos, aún que el dolor y el agotamiento lo obligaran a detenerse.

En el patio de la granja, el desorden estaba horrible y no confirmaba que también la ferocidad de la lucha; por todos lados las enormes plastas de sangre desecada, por todo lados el sol pisoteando, los muros demolidos o arañados por las balas; entonces después y la de los fusiles rotos, de las bayonetas y de los sables torcidos, los sombreros, los quepís, los efectos del equipo militar, rotos, en garras, y por todos lados la sangre. Entre estos desechos en levantar la mano articulada del capitán.

Sin embargo los cadáveres habían de estar sin sepultura: nosotros los encontramos muy tarde en dos pilas distintas, aquellos los Mexicanos al norte; del otro lado del camino, aquellos los franceses en una fosa al sur oeste de la hacienda. Unos cincuenta de los Mexicanos estaban sin sepultar; pero eran más de doscientos. Los Franceses habían perdido veintidos hombres muertos en acción; otros ocho, ello es verdad, murieron prácticamente inmediatamente de las secuelas de sus heridas, y entre ellos el sub teniente Maudet, que transportado a Huatusco, sucumbió el 8 de mayo. Los Mexicanos se honran ellos mismos rindiendo a sus restos los honores militares. El aquí y más de 19 soldados y sub oficiales heridos.

Entre los Mexicanos como entre nosotros, por un curiosidad particular, el número de muertos fue mayor que el de los heridos; del resto, nosotros advertimos que

de los dos lados casi todos los hombres había sido tocados en la cabeza o en la parte superior del cuerpo.

Por cuanto a los prisioneros sobrevivientes, ellos seguían inicialmente a la columna mexicana, ocasionalmente curados con consideración, frecuentemente también maltratados, injuriados; pero nosotros no podíamos pasar a describir su odisea a través de las aldeas y los bosques vírgenes de las tierras calientes, sin cesar forzados de evitar con los guardias adelante la aproximación de las tropas francesas.

Sin embargo el ruido de su heroica defensa se estaba expandiendo por el país y tiene entusiasmados a todos, amigos o enemigos, una admiración unánime. Las autoridades francesas ocuparon de su hacer efectiva la libertad; pero por el increíble desorden en que debatía entonces la administración liberal, las negociaciones de esta suerte no era fácil de conducir. Después de tres largos meses de espera y de sufrimiento, un primer convoy de prisioneros, de los cuales formaba parte el cabo Maine, fue cambiado contra 200 soldados y un coronel mexicano que nosotros teníamos en nuestro poder. En el intervalo, un buen número de los lesionados habían sucumbido; algunos, que no habían podido dejar el hospital de Xalapa, entraron muy tarde.

Esta devolución de prisioneros fue un perpetuo triunfo; en los pueblos y las aldeas en donde ellos pasaban, la gente se iba a su encuentro y los aclamaba; los indios sobretodo, cuyo espíritu era notable más fácilmente, permanecía aferrada a su vista de una clase de admiración supersticiosa y se exclamaba juntando las manos: « Jesús María, son ellos! ».

De su llegada al cuerpo, el comandante del batallón Regnault, que comandaba temporalmente entonces el regimiento extranjero, en lugar y plaza del coronel Jeanningros, llamado a Veracruz, se aplicaba en escribir un reporte circunstancial del combate de Camarón de cuyo nosotros ignorábamos aún los detalles. Este reporte muy emotivo, muy bien hecho, cumplió de forma para la jerarquía hasta el general en jefe Forey.

A su vuelta, este deseo era en dar lectura a todas las tropas del cuerpo expedicionario, y por una orden del día de su cuartel general en México, el 31 de agosto de 1863, después habiendo glorificado a los bravos que habían sostenido *esta lucha de gigantes*, como el decía, él declara que esa bella conducta debía ameritar recompensas extraordinarias. En virtud así del poder a ellos conferido, Maine, sargento desde su regreso y ya condecorado, debía ser promovido al grado de subteniente a la primera vacante en el cuerpo; Schaffner, Wensel, Fritz, Pinzinger, Brunswick, recibieron la cruz de la Legión de Honor; a otros cuatro la medalla militar. Poco tiempo después, el regimiento extranjero era recordado en Europa; las nominaciones, confirmadas por decreto imperial, publicado en el *Moniteur universel*, el 9 de agosto de 1864.

Actualmente el ferrocarril de Veracruz a México pasa por Camarón y sobre los cimientos de las antiguas edificaciones, enfrente de la hacienda en parte destruida por el agrandamiento de la villa. No lejos de ella, a la plaza donde duermen los héroes, se eleva un montículo, sobrepuesta una columna rota que rodea en devanada una guirnalda de laureles; apunta una inscripción: su gloria completa; es el gobierno mexicano que hace los gastos de la conservación; pero después del día memorable, durante toda la duración de la intervención, cada vez que un destacamento francés pasa por Camarón,

los tambores baten en el sitio, los soldados presentan armas y los oficiales saludan con sus espadas.

—